

A close-up photograph of a vibrant red rose on the left side of the frame. To its right and scattered across the light-colored surface are several pieces of broken, clear glass, including a large, jagged fragment and several smaller shards. The lighting is soft, creating gentle shadows and highlighting the textures of the rose petals and the sharp edges of the glass.

*Mary Heathcliff*

***Heridas  
del Alma***

# Heridas del Alma

Serie Prisioneros, 2

Mary Heathcliff

© 2015 por MRC.

All rights reserved / Todos los derechos reservados.

Registro de derecho de autor: 10-547-461 Bogotá, Colombia.

Registro de Safe Creative: 1511285881035

ISBN-13: 978-1492889465

ISBN-10: 1492889466

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita y legal de los titulares del “Copyright”, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

Edición y corrección: MRC ©

Fotografías de portada: <http://pixabay.com/> © sus propietarios.

Montaje y diseño de portada: MRC ©

Impreso por CreateSpace, Charleston, USA.

*A todos los que aman y luchan por el amor  
a pesar de todos y de todo.*

Un amor amenazado por las heridas del pasado, las verdades no dichas y los temores al futuro.

La verdadera prisión de Melissa González no es esa de paredes frías y barrotes de acero en la que se encuentra desde hace siete años, sino la de su alma atormentada por haber asesinado a un hombre. Por eso ha aceptado un destino de encierro. Sin embargo, su vida da un vuelco al conocer a Alejandro Olivares, un abogado firmemente dispuesto a sacarla de prisión, un hombre que no es otro sino aquel que ella creyó asesinar tantos años atrás. No comprende por qué quiere ayudarla, cómo es posible que haya cambiado tanto, y por qué no la recuerda. Entonces decide dejar atrás el pasado y comenzar una nueva vida.

Para Alejandro, aquella mujer es un verdadero enigma: hermosa, dulce y sumamente hermética en cuanto a su pasado. Lo único que sabe es que quiere ayudarla y que existe una fascinante química que lo atrae hacia ella. Está decidido a conocer hasta su último secreto. Siempre ha sido un hombre que consigue lo que se propone, y sabe que lo logrará, así como conseguirá hallar a la mujer que asesinó tan cruelmente a su hermano gemelo nueve años atrás para hacerla pagar por su crimen.

Entre Melissa y Alejandro nace un sentimiento puro y verdadero, un amor que tendrá que ser fuerte para luchar contra el pasado y la maldad.

## ÍNDICE

Prólogo .....	8
Primera Parte .....	15
Capítulo 1 .....	16
Capítulo 2 .....	34
Segunda Parte .....	49
Capítulo 3 .....	50
Capítulo 4 .....	66
Capítulo 5 .....	79
Capítulo 6 .....	100
Capítulo 7 .....	123
Capítulo 8 .....	146
Capítulo 9 .....	165
Capítulo 10 .....	188
Capítulo 11 .....	202
Capítulo 12 .....	220
Capítulo 13 .....	237
Capítulo 14 .....	256
Capítulo 15 .....	279
Capítulo 16 .....	291
Capítulo 17 .....	309
Capítulo 18 .....	326
Capítulo 19 .....	338

Capítulo 20 .....	352
Capítulo 21 .....	367
Capítulo 22 .....	380
Capítulo 23 .....	389
Epílogo .....	400

## Prólogo

*Abril de 2013*

Melissa no supo exactamente qué la despertó, si el ruido de la respiración jadeante junto a su rostro, el olor a tabaco y a alcohol que llegaba a su nariz, o el toque de esas manos casi agresivas sobre su cuerpo.

Se sobresaltó. Era normal porque había estado profundamente dormida. Ahora el peso sobre ella y el extraño contacto la pasaban violentamente de un estado de sueño profundo a uno de completa alarma.

Trató de incorporarse aunque no era fácil, pues no tenía mucha fuerza y además el peso sobre su cuerpo no le permitía moverse.

—¿Qué... qué pasa? —preguntó con voz soñolienta.

—Que vamos a gozar, pequeña —dijo una voz ronca—. Pagué por el delicioso placer de tu cuerpo sin usar, por ser el primero que te posea.

Las palabras golpearon violentamente a Melissa. No podía creerlo.

—¿Qué... de qué habla? —dijo empezando a luchar para zafarse del abusivo abrazo.

—De tu madre, ella me dijo que estás nueva, me ofreció tu virginidad y pagué por ella, así que ahora mismo voy a tener lo



que compré.

—¡No! —gritó ella haciendo más fuerte su forcejeo contra un hombre al que no veía porque la penumbra lo envolvía. A pesar del sueño profundo en el que había estado, sacó fuerzas de donde no tenía para luchar—. ¡No! ¡Suélteme! ¡Déjeme! ¡No!

Estaba borracho, eso era evidente. Ella tenía que buscar la forma de aprovechar ese estado para escapar, no permitiría que la violara tan fácilmente.

El hombre estaba sobre ella, su peso le dificultaba el escape, y la boca apestosa a alcohol buscaba su cara o su cuello, quizá su boca. Melissa solo podía girar la cabeza para no permitirle el ataque y seguir forcejeando con su cuerpo para liberarse.

Ahora tenía sentido el que su madre le hubiera pedido que esa noche se quedara en su cama y no en la de ella, que estaba en la habitación que compartía con sus hermanas. Había pretextado que estaría mucho más cómoda y que como esa noche no llegaría porque había salido un trabajo en una fiesta, podía aprovechar para dormir mejor. En ese momento le había parecido raro, pero no había sospechado nada. Al fin y al cabo, era su madre, no le haría daño.

Al parecer sí. Le había hecho lo mismo que a sus hermanas mayores cuando crecieron: las vendió, les enseñó su mismo oficio, el de la prostitución, las inició con la venta de su virginidad al mejor postor.

¿Cómo no sospeché que se trataba de algo así? Al fin y al cabo, Melissa tenía dieciséis años y era una jovencita bastante bonita, no había razón por la que recibiera un trato diferente a Jacqueline y a Nelly. A sus hermanas las había vendido incluso

siendo más chicas.

En un momento, el hombre rodó a un lado de la cama y ella aprovechó para correr. Trató de abrir la puerta, pero estaba cerrada con llave. Forcejeó y se dio cuenta de que el hombre había caminado hacia ella. En un movimiento, la muchacha prendió el foco, llenando de luz la habitación.

El destello molestó los ojos del hombre que los cubrió rápidamente con una mano y detuvo su avance. Entonces Melissa tuvo tiempo suficiente para mirarlo.

La sorprendió. Era alto, joven y guapo. ¿Qué hacía un hombre como ese comprando el placer de las mujeres? Seguro que no le habrían de faltar jovencitas bien dispuestas. Su cuerpo se veía bastante atlético, no era un flacucho, nada de eso. Además, se notaba que era adinerado. La ropa que llevaba puesta solo se conseguía en los mejores almacenes y a precios exorbitantes.

Los ojos del hombre se habían acostumbrado a la luz, así que quitó su mano de ellos y la miró. Ella pudo por fin detallar el atractivo rostro del joven, con el mentón firme, la nariz recta y la boca redonda. Melissa vio los ojos verdes más claros y más bonitos que hubiera contemplado nunca. Pero esos ojos tenían algo maligno en ellos, no sabía si era su expresión, la forma en la que la estudiaba con el mismo detenimiento con que lo estaba haciendo ella, o era una maldad innata.

—Mucho más hermosa de lo que me había dicho tu madre —dijo él—. Alta, delgada, con una boca preciosa. Ven aquí, lindura.

El hombre se acercó a ella, pero la muchacha fue más rápida y lo esquivó.

—Váyase, déjeme o voy a gritar.

—No me iré sin llevarme aquello por lo que pagué. Puedes gritar todo lo que quieras, nadie vendrá.

De nuevo se acercó a ella, que trató de esquivarlo. Esta vez él fue más ágil y, a pesar de la borrachera, la atrapó. La llevó casi a rastras a la cama y la tiró allí, luego la inmovilizó con el peso de su cuerpo.

Melissa no dejaba de forcejear y de exigir que la soltara, de tanto en tanto una de sus manos lo golpeaba en el rostro o en la espalda. El hombre era muy fuerte y parecía que sus golpes no le hacían efecto. La joven se sentía impotente.

Y también se sentía asqueada, porque ese barbaján le pasaba las manos por sus piernas, por su vientre, por sus nalgas. No podía rendirse, no podía dejar que se saliera con la suya.

En uno de los manoteos, sus dedos se estrellaron contra el nochero. Giró su cabeza buscando sobre él algo que pudiera ayudarla, y lo primero que notó fue una botella de whisky que su madre tenía siempre allí. Debía alcanzarla. Se estiró un poco y la tomó. Sabía que solo tenía una oportunidad y que no podía fallar. Con todas las fuerzas que le quedaban la estrelló contra la cabeza del hombre que había logrado quitarse los pantalones.

El hombre se quedó muy quieto y ella se escabulló para alejarse. Cuando se paró de la cama vio que el golpe le había roto la parte posterior de la cabeza y que salía sangre.

—¿Qué hice? —se preguntó regresando para tocar una pierna del hombre sobre la cama.

No se movió ni siquiera cuando lo sacudió ligeramente.

Melissa entró en pánico. Se acercó más y le dio la vuelta en la cama; ahora el hombre yacía con el rostro hacia ella. Tenía

los ojos abiertos, parecía mirarla, pero en realidad no miraba a nada, estaba inmóvil, su pecho no se movía tampoco.

—Lo maté —se dijo muy asustada—. Dios mío, lo maté.

Los ojos de Melissa se llenaron de pánico. ¿Qué iba a pasar? Iría a prisión. Sería castigada porque nadie le creería que lo había matado defendiendo su cuerpo. Y si le creyeran, no la justificarían ni la excusarían: para la sociedad no era tan reprochable una violación como un asesinato, nadie la entendería. Además, ese hombre era adinerado. De seguro su familia haría caer todo el peso de la ley sobre ella.

Melissa se acercó un poco más a él. Seguía muy quieto. No había nada en él que demostrara vida.

Estaba muerto.

Se alejó temerosa. No había querido matarlo, solo alejarlo. ¿Eso contaría para que no la enviaran a prisión? No, claro que no. Y menos siendo pobre e hija de una prostituta.

Se tenía que ir. Debía huir. Era la única salida. Sí, huir. Si escapaba muy lejos no podrían atraparla ni enviarla a la cárcel. Eso tenía que hacer.

Caminó hacia la silla donde había dejado la ropa que llevaba el día anterior. Volvió a ponérsela: unos jeans gastados, una camiseta desteñida, unos calcetines y un par de tenis viejos.

Miró una vez más al hombre. No se movía. Estaba muerto, era mejor no darle más vueltas al asunto. No podía perder tiempo. Tenía que escapar de una buena vez antes de que alguien llegara.

Fue hasta la puerta, pero cuando trató de abrirla recordó que estaba cerrada con llave. Era imposible forzarla. Tenía que huir por la ventana. Caminó hasta allí, la abrió y miró hacia el

suelo. Estaba a unos tres metros. Tenía que buscar la manera de descolgarse sin hacerse mucho daño. Temblaba de frío y de miedo, pero era peor quedarse.

Con mucho cuidado salió por la ventana y se dejó caer al suelo. Cayó de costado, se golpeó un poco el brazo, pero no tanto como para quedarse allí tendida. Se levantó y comenzó a correr como si la persiguieran, mientras en su mente se grababa la imagen de aquel hombre muerto.

\* \* \* \* \*

Melissa se despertó de la pesadilla ahogando un grito.

Otra vez.

Había soñado con aquello una vez más.

¿Cuándo la dejaría en paz? ¿Cuándo dejaría de acosarla en sueños el recuerdo de lo que había hecho hacía casi nueve años?

Quizá nunca. ¿Cómo olvidar que le había quitado la vida a un hombre?

La muchacha se giró en la cama. Estaba sudorosa y cansada, como si de nuevo su cuerpo hubiera revivido aquello que había sucedido. Observó su celda solitaria y silenciosa para convencerse de que no estaba en la calle corriendo en medio de la oscura noche para escapar. Sonrió con tristeza porque esa vez había huido por miedo de ir a prisión, y ahora estaba en una, aunque por motivos muy distintos.

No obstante, dentro de su corazón sabía que esa condena de treinta años por el absurdo robo a una tienda era justicia

poética. De algún modo Dios la tenía que castigar por el pecado que había cometido, aunque nadie más supiera que ella había asesinado a un hombre.

Hacía mucho que no tenía aquella pesadilla. Solo aparecía cuando estaba muy preocupada o estresada. Los últimos días no habían sido fáciles, había sufrido una herida en su brazo a manos de la Cazadora, otra de las reclusas. Aquella mujer las había agredido a ella y a su amiga Valeria, una joven que pasó pocos días en prisión y quien finalmente había demostrado su inocencia para conseguir su libertad. Su brazo se estaba recuperando, pero todavía la acosaba un sentimiento de intranquilidad a pesar de que el peligro era ahora inexistente y la Cazadora había sido trasladada a otro pabellón.

Como siempre que tenía aquella pesadilla, su mente volvió a aquellos difíciles momentos de su pasado, a su vida perturbadora y triste al lado de su madre y sus hermanas, al terrible hecho que había cambiado su vida y a los siguientes días. Los recuerdos transitaban por ella, todavía dolorosos. No los podía evitar, era como si necesitara volver al pasado y recordar.

## **Primera Parte**

### **El Pasado**

## Capítulo 1

*Mayo de 2004*

Hacía mucho frío. No había tomado una chaqueta, ni siquiera una camiseta de manga larga. Pero no había tenido tiempo, no podía darse el lujo de buscar algo mejor que ponerse pues podrían encontrarla junto al cadáver.

¿Quién era él? No sabía. Lo único que tenía por cierto era que no podía borrar de su mente la imagen de ese hombre muerto.

Le dolían las piernas y el pecho de tanto correr. La calle era peligrosa a esa hora, ella lo sabía, pero más peligroso era quedarse. Estaba lejos de su casa, o de la que lo había sido hasta ahora. Era evidente que no podía volver. Si escapaba de la policía, no escaparía de la furia de su madre, quien le haría pagar caro no solo por el asesinato del hombre, sino por haberle arruinado el negocio.

Todavía le parecía mentira lo que había pasado. Hacía menos de tres horas había estado en la calentita y segura cama durmiendo, y ahora estaba en una calle peligrosa, muriéndose de frío.

Estaba agotada, y el brazo sobre el que había caído cuando se lanzó por la ventana había comenzado a dolerle. Decidió descansar un rato, estaba bastante lejos y no podían alcanzarla.



Justo delante de ella vio un parque. Quizá pudiera recostarse en una banca a descansar.

El sitio estaba vacío. ¿Qué hora sería? Quizá las dos o tres de la madrugada. Trató de acurrucarse sobre una banca para guardar un poco del calor que le quedaba, pero estaba helada.

Por fin, después de tanto correr, ahora que estaba segura de que nadie la perseguía y que el peligro mayor había pasado, se dio la libertad para llorar.

¿Por qué la vida tenía que ser tan injusta? ¿Por qué el destino había elegido para ella una familia así?

Su madre era una prostituta. Lo había sido toda la vida. O por lo menos así la recordaba Melissa. Siempre, desde niña vio desfilar un hombre tras otro en casa, o la vio irse en la noche para regresar en la mañana con el rostro cansado y unos billetes en su bolso.

Adela decía que era la única forma de sobrevivir con tres hijas que alimentar y sin un padre para colaborar, pero Melissa siempre sospechó que ejercía el oficio incluso antes de que ellas nacieran.

Su hermana Jacqueline, la mayor, le llevaba tres años a Melissa. Desde hacía más de cuatro años, cuando tenía solo quince, se había iniciado en el mismo negocio de su madre. No porque quisiera, o al menos eso creía Melissa, sino porque su madre también la había vendido. Recordó una noche que Adela se la había llevado y al día siguiente, Jacqueline había vuelto muy triste, llorosa y su madre solo le repetía que debía acostumbrarse a esa vida.

Un par de años después, había pasado lo mismo con Nelly, su otra hermana, que solo le llevaba a Melissa un año y dos

meses. La historia se había repetido y muy dentro de ella sabía que sería la próxima, que no tendría manera de escapar del destino que la aguardaba.

Sin embargo, el tiempo había pasado y no sucedió nada.

Hasta ahora.

De nuevo se estremeció en parte por el frío y en parte por el recuerdo de lo que había pasado hacía unas horas. Se preguntó qué sería de ella ahora y qué habría sido si no hubiera escapado. Más aún, se preguntó qué habría pasado si el hombre se hubiera salido con la suya. Quizás habría seguido el mismo destino triste de su madre y hermanas.

Ella no quería eso.

Nunca había querido, pero parecía que las cosas no le eran propicias, que no había ninguna otra opción. Al igual que Jacqueline y Nelly, había estudiado solo la primaria, porque su madre decía que el estudio en realidad no servía para nada, y menos para la vida que ellas llevarían. Después, había vendido dulces en la calle a personas que le compraban más por lástima que por otra cosa. Hasta el día anterior había dedicado su vida a trabajos menores, limpiar un lugar, hacer oficios pequeños en otro, llevar un mensaje, cuidar un niño. Ahora... ahora no sabía.

Todavía le parecía mentira que ese hombre hubiera tratado de violarla. Lo habría logrado si ella no... Era terrible lo que había hecho. No había querido matarlo, solo detenerlo... pero lo había hecho mal.

Los sollozos se hicieron más fuertes.

¿Qué sería ahora de ella? ¿Qué iba a hacer? Sola, menor de edad, sin documentos, sin nada, ni nadie.

El frío cada vez era peor. Estaba tiritando. No podía hacer

nada para contrarrestarlo.

—¿Anny eres tú? —llegó una voz masculina cerca de ella.

Lo único que pudo hacer fue incorporarse un poco y mirar al hombre. Tenía tanto frío que no podía moverse.

—Lo siento —dijo el muchacho que se sentó junto a ella.

Era muy joven, calculó que tendría Solo un par de años más que ella. Era alto y delgado. Tenía la cabeza afeitada y un tatuaje en el cuero cabelludo, un ángel con alas de demonio. Se notaba que era un muchacho al cual nadie se acercaría por voluntad propia. Se sentó mirando fijamente hacia el suelo y parecía que estaba triste.

Melissa se movió un poco. Debía irse, pero estaba engarrotada, además si corría el hombre podría alcanzarla en cualquier momento.

—Estás llorando —dijo el muchacho mirándola de nuevo—. ¿Qué te pasa? ¿Qué haces en un sitio como este a estas horas?

Ella podría haberle preguntado lo mismo.

—Yo... me... escapé de mi... casa... —contestó ella titubeante mientras se secaba las lágrimas con la mano.

—Es peligroso que estés aquí —dijo él—. A las muchachas como tú les pueden pasar cosas malas en la calle.

—No tengo donde ir —dijo ella en voz baja.

—Tienes frío —dijo él quitándose su chaqueta y poniéndosela a ella sobre los hombros.

—Gracias... pero no deberías... te vas a enfriar —dijo Melissa. Era un muchacho muy extraño, le hablaba y le daba su chaqueta.

—Y tú te vas a enfermar si sigues aquí con el frío que hace

—dijo él—. Me acerqué porque te pareciste a Anny, a mi hermanita, pero no eres ella.

El muchacho volvió a mirar el suelo con melancolía. Era como si se hubiera llenado de desilusión al saber que no era la joven que buscaba.

—Lamento no ser ella —dijo Melissa, más calmada ahora—. Espero que la encuentres.

El joven sonrió con tristeza.

—Nunca la encontraré. Ella está en el cielo. Cuando yo me muera, iré al infierno, así que nunca la volveré a ver.

Melissa detalló que los ojos del muchacho se llenaban de lágrimas y comenzaba a llorar. Pensó que cada quien tenía sus propios problemas, sus propios demonios. El de este joven era la muerte de su hermana.

—Lo lamento mucho —dijo ella con sinceridad.

—Yo lamento no haber podido ayudarla. ¿Sabes? La violaron y la mataron.

Melissa se estremeció. Ella sabía el horror que se vivía al sentirse impotente en los brazos de un hombre que tenía intenciones perversas. Ella había escapado, pero esa chica, Anny, no.

—Eso es algo por lo que ninguna mujer debería pasar —dijo ella con algo de rabia, no solo por Anny sino por todas las que no lograban escapar como ella.

El muchacho la miró notando cómo se estremecía.

—¿Te hicieron daño, verdad? Te hicieron daño como a Anny —dijo el joven.

Melissa solo bajó su rostro y volvió a llorar, esta vez con más fuerza. Recordó que había escapado, pero también que lo

había matado. No pudo responder al joven, no le dijo la verdad. Él solo pasó un brazo sobre sus hombros asumiendo que en realidad el acto atroz había sido consumado.

—No llores. Por Anny no pude hacer nada, pero por ti sí. Ven conmigo. Hace frío y es peligroso —dijo él ayudándola a levantarse.

—¿Adónde me llevas? —preguntó ella todavía llorando.

—Adonde nadie te haga daño. Te cuidaré, lo prometo.

La tomó de una mano y ella solo pudo dejarse llevar. ¿Qué más podía pasarle? ¿Qué más podía ella hacer? Tenía mucho frío, ni la chaqueta del chico había logrado calentarla.

Caminó de la mano del joven por unas cuantas cuadras hasta que llegaron a un lugar. Parecía un garaje abandonado. Entraron allí. El sitio no estaba solo, había luz y se escuchaban voces.

—¿Qué hacemos aquí? —preguntó la muchacha con miedo.

—Tranquila, son de confianza, son mis hermanos. No pasa nada.

Entraron y los dos jóvenes que charlaban y escuchaban la radio levantaron los ojos hacia ellos.

Melissa notó que tendrían la misma edad que el joven que la había llevado. Uno de ellos era muy alto y muy delgado, con el cabello un poco largo y de piel morena. El otro era bajo, más que ella misma, y rubio.

—Qué bueno que llegaste Caído —dijo el más alto—. Estábamos un poco preocupados.

—No pasa nada —dijo el muchacho saludándolo con un choque de manos posterior a unos movimientos con los dedos,

algo nuevo para Melissa.

—¿Quién es ella? —preguntó el otro joven.

—Ella es... ¿cómo te llamas? —preguntó el muchacho que hasta ahora parecía caer en cuenta de que ninguno sabía el nombre del otro.

—Melissa... Melissa González —dijo la muchacha.

—Bueno, yo soy el Caído. Y ellos son Calvin y Hobbes.

Melissa no pudo evitar sonreír ante el mote que les quedaba perfecto. Enseguida puso serio su rostro por miedo a ofenderlos.

—¿Y por qué la trajiste? —preguntó Hobbes.

—La acabo de encontrar sola en el parque. Pensé que... que era Anny...

Se instaló un incómodo silencio entre ellos.

—No te tortures más, Caído —dijo Calvin—. Ella... ya no sufre...

—Es verdad, Anny no sufre, pero Melissa sí... así que... he decidido que la adoptaremos. Desde ahora es nuestra nueva hermana.

Hobbes le sonrió, mientras que Calvin la miró con algo de reserva.

—¿La conoces bien? —preguntó el último.

—Lo suficiente como para saber que necesita nuestra ayuda y protección —dijo el Caído pasando un brazo sobre los hombros de la muchacha—. Así que desde hoy es nuestra hermana.

—Bienvenida, Sister —dijo Hobbes sonriendo.

—Aquí no usamos nuestros nombres reales, solo los apodos. Así que desde ahora serás la Sister, como te acaba de

bautizar Hobbes —dijo el Caído.

Melissa no estaba muy segura de querer quedarse allí. Parecían muchachos amables, pero... sus vestimentas, su manera de hablar... parecían ser miembros de una pandilla y eso la asustaba.

Pero también era cierto que no tenía dónde ir. Solo podría marcharse cuando supiera bien qué hacer. Además, no podía perder de vista que era una prófuga de la justicia. O lo sería en cuanto encontrarán el cadáver.

—Gracias —dijo la muchacha alejando este último pensamiento y convenciéndose de que no tenía otra opción—. Gracias por acogerme con ustedes. Yo no tengo donde ir... no tengo a nadie... me escapé de mi casa... me... maltrataban...

Melissa no pudo evitar echarse a llorar al recordar la horrible noche que había pasado.

—No llores, nadie te volverá a hacer daño, no mientras yo pueda protegerte —dijo el Caído abrazándola.

Entonces Calvin y Hobbes entendieron plenamente la razón por la cual su jefe había traído a la muchacha. Veía en ella a Anny, a la hermana que no pudo salvar, ni proteger. Calvin dejó sus reservas a un lado: esa muchacha estaba más desamparada que ellos, y si tenerla con ellos hacía que el Caído se sintiera mejor, pues era bienvenida. Asimismo, hacía falta una chica para que se ocupara de las cosas de la casa, de lo que hacía Anny.

—Nadie te hará daño, Sister —dijo Calvin—. Ahora que eres nuestra hermana estarás protegida. Ven, hay algo de comida. Tú también ven, Caído.

El muchacho se alejó hacia una caja de la que sacó una

bolsa grande de papel.

—Lo trajimos para el Caído, tendrán que compartir.

—Gracias, yo no tengo hambre —dijo Melissa secándose las lágrimas.

—Nada de eso. Vamos a comer algo. Está haciendo mucho frío —dijo el Caído llevando a la muchacha con él hacia un improvisado comedor: una enorme caja en el centro con varios barriles alrededor que servían de sillas.

El joven sacó entonces una hamburguesa enorme de la bolsa y la partió en dos para darle una porción a ella. Melissa la tomó y la probó. Estaba deliciosa y la comió con avidez. ¿Hacía cuánto que ella no comía algo tan sabroso? Mucho, el dinero que traían su madre y hermanas no alcanzaba para algo así, y lo poco que ella ganaba con trabajitos pequeños, menos.

—Qué bueno que no tenías hambre —bromeó Hobbes—. Si hubieras tenido, no me imagino qué habría pasado. Eres flaquita pero comes con ganas.

Melissa se avergonzó un poco, se sonrojó y bajó la mirada.

—No la molestes, Hobbes, ha pasado por momentos duros —dijo el Caído. Luego, dejó frente a ella su propio pedazo de hamburguesa—. Come esta también. Se nota que llevas mucho pasando hambre.

La joven sabía que tenía que haber rechazado la oferta, pero lo que el Caído dijo era verdad: ella había soportado hambre y frío. Así que también tomó la ración de su nuevo hermano y la comió después de musitar un agradecimiento.

Le explicaron que esa no era su vivienda sino su centro de operaciones. En realidad, vivían en una pequeña casita en uno de los barrios más pobres.



—¿Y qué es eso de centro de operaciones? —preguntó ella algo intrigada.

Los jóvenes se miraron unos instantes antes de que el Caído respondiera.

—No te vamos a mentir. Somos una pandilla... vivimos del robo, del asalto. Somos delincuentes, Sister —dijo el muchacho con mirada retadora, esperando que ella les recriminara.

¿Qué podía decir? *No hay problema, yo me acabo de convertir en una asesina.* Si ellos hacían aquello era porque seguramente tenían sus razones. Ella había asesinado, no porque quisiera, sino porque las circunstancias la habían llevado a ello.

La muchacha paseó la mirada por los tres jóvenes que la observaban atentos.

—¿Y qué tengo que hacer para unirme a ustedes?

El Caído sonrió.

—Nada. Tú te mantienes alejada. Esto es para hombres.

—Que machista —dijo ella—. No puedo quedarme con ustedes sin hacer nada. De alguna manera tengo que retribuir la hospitalidad.

—No es machismo. No quiero que te pase nada. Sea como sea los hombres nos defendemos, pero las chicas... a las chicas les pasan cosas. Tú harás lo que hacía Anny. Serás la mujer de la casa, la hermana, así que no te preocupes —dijo el Caído dándole un pequeño golpe en el hombro—. Nunca tendrás que preocuparte por nada. Mientras estemos aquí para protegerte nada ni nadie te hará daño.

Ella sonrió con tristeza.

Jamás se había imaginado que de ser una chica normal y

corriente pasaría a ser una asesina y ahora una pandillera.

La vida llevaba a la gente por caminos insospechados, así que lo único que se podía hacer era transitar esos caminos y ver qué deparaba el destino.

\* \* \* \* \*

—Por favor, mamá no llores más —dijo el joven consolando a la mujer que estaba sentada en el sofá y que no podía controlar el dolor que le producía la pérdida de un hijo.

—Déjame llorar, déjame sufrir por tu hermano —respondió la llorosa mujer a quien trataba de confortar sin conseguirlo.

Alejandro se levantó del sofá y caminó por la sala.

Todo lo que había pasado en los últimos dos días le parecía irreal, era más bien como una horrible pesadilla.

Su hermano muerto.

Era injusto. Era un muchacho, solo tenía veintitrés años. Apenas estaba comenzando la vida, tenía todo el tiempo por delante para definir su futuro, para vivir.

El joven giró para mirar a su madre. Ella era la que más estaba sufriendo, quien más resentía la muerte de Alfredo.

Todavía recordaba dos días atrás cuando su madre lo telefoneó muy asustada, preguntándole si sabía dónde se había metido su hermano. Era viernes en la noche y, conociendo a Alfredo, Alejandro le había dicho a su madre que seguramente estaba en alguna fiesta a las que acostumbraba a ir. Entonces ella

le había dicho que no, que no había aparecido en todo el día, que de hecho la última vez que supo de él fue el jueves en la noche, cuando dijo que se iba con unos amigos a una reunión social.

A Alejandro no le pareció extraño que Alfredo se zambullera en una fiesta larga, al contrario, eso era usual en él. Lo que le había parecido raro era que no se hubiera comunicado con su madre o que no contestara el teléfono.

A pesar de eso, no le puso mucha atención al asunto. No consideró necesario preguntar a los amigos del joven, ni mucho menos buscarlo en los bares o sitios de fiesta que frecuentaba. Se dijo en ese momento que ya aparecería.

Craso error.

No hacía ni dos horas, su padre lo había telefoneado muy alterado: su hermano Alfredo había sido hallado muerto. Asesinado.

Un escalofrío recorrió el cuerpo del joven. No lo podía creer. Alfredo muerto. Su hermano gemelo se había ido. Su único hermano ya no estaba con ellos ni lo estaría jamás.

Lo sentía en el alma. Aunque estaba callado y en aparente calma, lo cierto era que estaba profundamente afligido.

¿Cómo no estarlo? Era su hermano gemelo, quien mejor lo conocía y a quien mejor él conocía. Toda la vida había estado con él, era más que su hermano, su amigo, su cómplice, su otra mitad.

Siempre decían que los gemelos idénticos eran exactamente iguales en todo, pero en el caso de ellos no era así. Exceptuando el aspecto físico, en el que sí eran semejantes, sus personalidades eran muy distintas. De hecho, no podía haber dos personas más disímiles en el mundo que Alejandro y Alfredo.

Alejandro siempre fue el aplicado, el bueno, el juicioso, el apegado a sus padres, el disciplinado. Alfredo era por contraste el desaplicado, el travieso, el extrovertido, el liberal, el indisciplinado.

Desde niños se habían notado las patentes diferencias en sus caracteres. Quienes los conocían afirmaban incluso que de no ser gemelos podrían decir que no eran hermanos.

Aun así, eran los mejores amigos y crecieron siéndolo hasta el último momento.

Después de terminar el colegio, sus vidas habían tomado rumbos muy diferentes, pero mantenían una muy buena comunicación. No había semana que no se vieran, incluso varias veces, no había confidencia que no se contaran, no había proyecto que no se comunicaran.

Alejandro había ido a la escuela de leyes porque quería ser abogado igual que su padre, Juan Olivares, uno de los mejores y más prestantes juristas del país y fundador del bufete más famoso. Juan era un profesional respetado incluso por personalidades públicas como artistas y políticos, y su bufete era de los más consultados, al punto que a veces no se daban abasto con los casos, que por más difíciles que parecieran, siempre tenían éxito en las manos de Juan o de sus competentes colegas. Alejandro quería eso mismo, quería ser como su padre, trabajar para él, ser el mejor abogado. Así que se esmeró, estudió con mucho empeño y en menos de dos meses por fin se recibiría con los más altos honores en la universidad.

Alfredo siempre fue un muchacho relajado, tanto que a pesar de que su hermano gemelo estaba a punto de terminar sus estudios profesionales, él ni siquiera iba por la mitad de los

suyos. En realidad, había comenzado varias carreras profesionales sin llegar a terminar ninguna. Primero, había iniciado la carrera de comunicación social, pero dos semestres después, dijo que no era su campo. Después inició ingeniería mecánica, pero no logró terminar el semestre por el mismo motivo. Entonces había comenzado a estudiar arquitectura, solo para descubrir que tampoco era su fuerte. Les dijo a sus padres que quizás estaba agotado, así que viajó por el mundo durante dos años antes de intentar comenzar a estudiar publicidad. Nuevamente el joven no había encontrado gusto en la carrera y entonces se dijo que lo suyo eran las artes. Había empezado a estudiar actuación en una de las academias más reconocidas del país, y aunque había repetido asignaturas varias veces y los profesores decían que no era el mejor estudiante, todavía estaba cursándola cuando la muerte lo encontró.

A Alejandro le parecía imposible que aquello estuviera pasando.

Cuando su padre lo telefoneó, le dijo que estaba seguro de que era Alfredo, ya había ido a reconocer el cuerpo a la morgue. También le pidió que fuera a la casa familiar –ya que Alejandro vivía solo en su departamento– a acompañar a su madre, pues no era bueno que se quedara sola en esos angustiosos momentos. Juan prometió ir a casa en cuanto hiciera todos los trámites para que le entregaran en cadáver de su hijo. No había dado detalles y él no los había pedido, ya habría tiempo para hablar de ello.

Hacía poco más de una hora Alejandro había llegado a casa solo para encontrar a su madre en un mar de lágrimas. Era perfectamente comprensible. La abrazó mientras ella solo pronunciaba el nombre de Alfredo y sufría por lo que había

pasado.

Alejandro pidió a una de las empleadas del servicio que trajera algo para su madre. A pesar del té y los calmantes, la mujer seguía muy alterada.

Era normal, no todos los días se perdía un hijo, y considerando que era el favorito, Alejandro lo entendía perfectamente.

No lo resentía. Era normal. Los padres siempre tenían un favorito, y nunca fue un secreto que Alejandro fue el preferido de Juan mientras que Alfredo era el consentido de Clara.

El muchacho volvió al lado de su madre, se sentó junto a ella y le pasó un brazo sobre los hombros.

—Mamá, comprendo lo que sientes. Pero, por favor, tienes que ser fuerte, a mi hermano no le gustaría verte así.

Clara levantó la vista a su hijo y asintió.

—Tienes razón... pero es tan doloroso... tan... ¡Ay, hijo!  
—dijo antes de echarse en los brazos de Alejandro para continuar llorando—. Es tan terrible... los hijos tienen que enterrar a los padres, no al revés...

—Mamá, tienes que ser fuerte.

—No sé si pueda, no sé si me reponga de este dolor.

—Hazlo por papá, por mí... por el recuerdo de Alfredo.

La mujer siguió sollozando un rato.

Entonces Juan entró a casa.

Alejandro lo vio decaído y pálido. No era aquel hombre que elegantemente se erguía en las cortes para acusar o defender con firmeza y autoridad. Era un hombre derrotado, con los hombros caídos, la mirada perdida y el semblante sombrío.

Caminó hacia ellos y cuando Clara notó su presencia se

levantó y corrió a él que la recibió estrechándola entre sus brazos.

Entonces los dos lloraron.

Alejandro se dijo que quizá con la misma pasión con que los habían procreado a ellos, ahora sufrían la pérdida de uno de sus hijos. Era doloroso verlos así. Siempre los veía juntos, amorosos, tiernos, a veces riñendo amistosamente. Era triste verlos derrotados, con el alma rota por la herida más grande que puede soportar un padre: perder a su hijo.

No pudo evitar que las lágrimas acudieran a sus ojos, pues la realidad lo golpeaba con más fuerza que nunca: Alfredo ya no estaba y jamás volvería a estar, ni para él, ni para sus padres, ni para nadie. El travieso Alfredo, el desubicado Alfredo, el casanova Alfredo, el joven y guapo Alfredo.

Juan llevó a Clara nuevamente al sofá y se sentó junto a ella abrazándola. El silencio se instaló entre ellos: ¿qué se podía decir?

—Esta noche lo llevarán a la funeraria —dijo finalmente Juan—. Debemos prepararnos para acompañarlo por última vez.

Clara solo siguió llorando.

—Por favor, les pido que sean fuertes, por mí... yo... todavía estoy vivo... y necesito a mis padres —dijo Alejandro con tono compungido.

La mano de Clara se posó en la mejilla de su hijo.

—Mi pobre Alejandro... perdió a quien lo acompañó desde el vientre... ¿Cómo se llena el vacío que deja una persona?

—Nos repondremos —dijo Juan—. Alfredo seguirá vivo en nuestro recuerdo y nuestros corazones. Lo recordaremos como el muchacho extrovertido y juguetón que era, no como está

ahora... quieto... frío...

—Mi pobre Juan —dijo entonces Clara—. Tuviste que... reconocerlo... verlo...

El hombre asintió.

—Fue tan doloroso... verlo ahí... muerto... asesinado...

—Papá, por favor, no nos des detalles ahora... no le haría bien a mamá —dijo Alejandro cuando notó que el cuerpo de Clara se tensó al oír la última frase de su esposo.

—Tienes razón...

—¿La policía ya tiene alguna pista? —preguntó Alejandro.

—No... de momento. Lo que queda es reconstruir... los... últimos hechos... para determinar... quién y cómo... Solo me dijeron que ya están iniciando las averiguaciones con las personas que estaban con él la noche del jueves.

—Los encontrarán, papá, así será —dijo Alejandro—. Y cuando eso pase, nos encargaremos de que paguen por lo que hicieron.

De repente la idea de justicia comenzó a apoderarse de la mente del muchacho. Alejandro puso una mano sobre el hombro de cada uno y los miró fijamente.

—Hoy, aquí, les juro por la memoria de mi hermano, que no descansaré hasta que vea tras las rejas al culpable o los culpables de este crimen. La muerte de mi hermano no quedará impune, se los juro.

Los padres del muchacho nada respondieron. No había nada más que decir. El dolor que los embargaba era tan grande que las palabras sobraban.

No obstante, en la mente y el corazón de Alejandro se fijó



mucho más la idea de dar el castigo tan merecido a quienes perpetraron el homicidio contra su hermano. Los asesinos no podían quedarse tan tranquilos y contentos en la calle mientras su hermano yacía en una fría tumba sin disfrutar de los años que le habrían quedado por delante.

Sí, ese sería su objetivo, al fin y al cabo, había estudiado derecho. Era como si la vida ahora le brindara la posibilidad de usar su profesión no solo para cumplir los sueños que tuvo desde muy joven, sino también para hacerle justicia a su hermano.

Se juró una vez más que no descansaría hasta que los asesinos de Alfredo pagaran por lo que hicieron, no importaba los años que tuvieran que pasar, no descansaría hasta verlos tras las rejas.

## Capítulo 2

*Septiembre de 2005*

—Es mejor que hables y te evites problemas. Si nos dices los nombres de tus cómplices, nosotros haremos lo posible para que tu castigo sea leve.

Melissa miró al oficial de policía con mucha desconfianza. Sus hermanos ya le habían advertido cómo eran ellos. Tratarían de convencerla de una u otra forma para hacerla delatar a los otros, incluso prometiendo privilegios y prebendas que después incumplirían.

Además, ella jamás traicionaría a sus hermanos. Ellos eran su familia, quienes la ayudaron y la apoyaron cuando necesitaba una mano amiga. ¿Cómo inculparlos para salvarse ella? Era totalmente impensable.

La habían sacado del frío calabozo donde había estado mucho tiempo, no sabía cuánto, porque ni entraba la luz del día, ni había luz artificial. De allí la habían llevado al horrible cuarto con una simple mesa y tres sillas, hacía casi una hora. Ahora estaba frente a ellos, siendo observada por ese par que no se cansaban de hacerle preguntas.

—¿Por qué no haces lo mejor para todos? Dinos tu nombre, tu edad, el nombre de tus cómplices y te prometo que todo saldrá bien—. Esta vez el que habló fue el otro, un policía

un tanto mayor que el que le había hecho las primeras preguntas.

—Eres muy joven. Si eres menor de edad, solo irás un tiempo a un reformatorio. Pero eso solo lo lograremos si nos dices tu nombre y nos cuentas quien eres. Ya deja de guardar ese silencio que no te hace bien.

Melissa seguía sin pronunciar palabra. Eso era lo que le había recomendado el Caído. No decir nada si la cosa no era tan terrible, y decir que solo hablaría con un abogado presente, si la situación se ponía difícil.

También él le había advertido que la última opción solo debía tomarla en caso extremo, pues los abogados tampoco eran de fiar. Así que Melissa se había limitado a guardar silencio.

—Mira muchacha, es mejor que hables —dijo de nuevo el policía más joven—. Tienes todas las de perder, y lo sabes.

Claro que lo sabía. Si no la acusaban del tonto delito por el que la habían llevado presa, sí lo harían por aquel que tenía pendiente desde hacía dos años y medio.

Se estremeció al pensarlo.

Había pasado los últimos dos años de su vida preguntándose si algún día la policía la detendría en la calle o llegaría a la humilde casa a llevarla presa por haber matado a ese hombre. Ese hombre que a pesar del tiempo la perseguía en sueños, al que veía una y otra vez ante sus ojos, muerto sobre la cama. ¿Quizás era el momento de pagar por aquello?

No había podido deshacerse de tal pensamiento en todo ese tiempo, a pesar de que había tenido una buena vida con sus hermanos. No lo eran, pero habían insistido tanto llamándola Sister, la habían tratado con tanto amor y respeto, la habían mimado como se hace con una hermana y la habían cuidado con

su propia vida, que a ella le pareció que sí eran sus hermanos y así le gustaba pensar en ellos.

Recordó la noche que había encontrado al Caído en un parque, la misma en que la había adoptado sin pensarlo mucho gracias al recuerdo de aquella muchacha, de esa hermana que había perdido.

Ella se había dedicado a cuidar a los jóvenes, a preparar la comida, a tener la casa limpia para ellos, a lavarles la ropa, a atenderlos como si fuera su madre. Y ellos le habían pagado siendo las mejores personas que podría encontrar.

Si bien era cierto que jamás hubo lujos o comodidades, también era cierto que no le importaba porque jamás los había tenido. Ahora gozaba de algo que nunca vivió con su madre y sus hermanas: respeto y amor.

Con ellos había compartido los momentos más felices, como la Navidad, el año nuevo, y hasta le habían celebrado su cumpleaños con una tarta y le habían regalado un vestido recién salido de un almacén. ¡Qué importaba cómo lo habían conseguido!

A cualquiera podría parecerle imposible que tres muchachos de una pandilla de delincuentes pudieran tener un corazón tan grande como el de esos tres, y tal vez ella tampoco lo creería si no lo hubiera comprobado por sí misma. Detrás de esos rostros mal encarados y esa apariencia que asustaba con solo verlos, había tristes historias de vida como la suya, una razón por la cual se convirtieron en lo que eran y una bondad que no todos descubrían.

—Nos han dicho que no has querido comer nada desde que te trajeron ayer en la noche. Por favor, no seas rebelde.

Piensa por un minuto con sensatez y haz lo correcto —dijo de nuevo el policía mayor.

Si no había comido era porque no tenía hambre, tenía el estómago cerrado. Estaba terriblemente angustiada no solo por ella sino también por sus hermanos. Ahora sabía que no los habían capturado y eso la tranquilizó un poco.

Hacer lo correcto.

Lo correcto habría sido no participar en ese estúpido asalto.

Desde hacía casi un año, Melissa le había dicho al Caído que quería participar con ellos, que también quería aportar con algo a manera de pago por todo lo que hacían por ella. Sin embargo, él se había negado. Le había explicado los peligros de lo que ellos hacían, además de recalcarle que no ejercían aquello por gusto sino por necesidad, y que no quería que ella también se viera envuelta en ese tipo de actividades delictivas. Le dijo que nunca permitiría que ella arriesgara su vida como lo hacían ellos.

Pero estúpidamente, ella había insistido una y otra vez, afirmando que se sentía mal al no poder colaborar. Su obstinación había dado fruto por fin: el Caído le había permitido participar en un asalto a un pequeño autoservicio de un barrio en cuyas calles no había mucha policía.

La había preparado, le había dicho cómo actuar y, sobre todo, le habían recalcado que debía correr en cuanto todo terminara. Ella, alumna juiciosa, lo había memorizado.

Y el día había llegado.

Los jóvenes habían entrado en la tienda simulando ser compradores. Cuando había poca gente, procedieron.

Melissa y Hobbes sostenían armas de fuego —que ninguno

de los dos sabía usar— apuntando a los dependientes, mientras el Caído y Calvin tomaban el dinero.

La muchacha sintió un escalofrío al recordarlo. Había sido más fácil pensarlo y decirlo que hacerlo. De repente se puso muy nerviosa, demasiado, tanto que cuando sus hermanos salieron corriendo, ella no pudo, dejó pasar unos segundos antes de tratar de hacerlo y fue demasiado tarde, porque dos agentes de policía habían salido de la nada y la habían capturado.

Ni siquiera opuso resistencia. ¿Para qué? Estaba allí, atemorizada, con un arma en la mano y sin saber qué hacer.

La habían esposado y la habían subido a un auto. La habían llevado a una estación de policía y la habían requisado, tomado huellas y preguntado muchas veces sobre su nombre, pero no había contestado: estaba en shock.

Entonces la habían llevado a una celda, en los separos, y la habían dejado allí, víctima del frío, el hambre y el miedo.

Después de un rato se había puesto a llorar por fin.

Era una idiota.

Había sido un error insistir tanto para que la dejaran participar. Sus hermanos podrían estar ahora en la misma situación por su culpa. De seguro estarían preocupados, intranquilos. Ella nada podía hacer. Solo esperar a que pasara lo que tenía que pasar.

Y más sabiendo que no era el único de sus pecados. Ella tenía una cuenta pendiente con la justicia. Algo que ni siquiera sus hermanos sabían.

—Nos dicen que había tres muchachos contigo. ¿Quiénes son? ¿Tus amigos? ¿Alguno de ellos es tu pareja? ¿Cómo se llaman? —preguntó de nuevo el policía como si pudiera leer en

su mente la preocupación que ella sentía por los jóvenes.

Ahora que el detective preguntaba cómo se llamaban, Melissa recordó que habían pasado muchos meses cuando por fin supo los nombres reales de sus salvadores, nombres que, por supuesto, jamás usaban, así como tampoco se usaba el suyo. Ella era simplemente la Sister, así como ellos eran Calvin, Hobbes y el Caído.

Calvin se llamaba Sebastián Pérez y desde muy chico había sido un niño de la calle. Cuando cumplió siete años, la madre se había casado con un hombre que no hacía otra cosa más que maltratar a los hijos de la mujer. Calvin era el mayor de ellos, pero siendo tan pequeño le era imposible defenderlos. Así que un buen día se había marchado a vivir a la calle, a comer lo que encontraba o lo que permitiera la caridad de la gente, y a dormir donde lo hallaba la noche.

Cuando tenía doce años, había encontrado a Hobbes que en realidad era Camilo Ramírez, un muchacho delgado y mucho más alto que él a pesar de que tenía su misma edad. El chico contó una historia de vida más o menos parecida. Su madre había muerto y él había sido acogido por una casa hogar dirigida por religiosos. Aunque la religión era solo la fachada, porque en realidad eran maltratadores y abusivos. Un día, cansado de tantas injusticias, se había marchado a la calle. Allí había encontrado a Calvin, un chico bajito e inteligente con mucho sentido de la justicia. Entonces se habían hecho inseparables.

Así conocieron al Caído que solo les llevaba un año y que vivía prácticamente solo con su hermana pequeña, pues su madre estaba más ocupada en sus borracheras y sus farras que en el cuidado de sus hijos. Era él quien les había puesto el apodo.

Melissa suspiró al pensar en el Caído. En esos dos años se había forjado una amistad muy especial entre ellos, mucho más profunda que la que compartía con los otros dos. Era un joven muy listo, valeroso, con sentido del humor y que la amaba y la respetaba como si en realidad fuera su hermana pequeña.

—¿Cómo te llamas? —había preguntado Melissa una vez, mucho después de conocer los nombres de sus otros dos hermanos.

—No te lo diré.

—¿Por qué?

—Porque ese nombre no me queda. Además, te vas a reír.

—¿Tan feo es?

—No, es que... me llamo Ángel.

Melissa no se había reído. Ángel Fernández era el nombre del Caído y no le había parecido para nada inadecuado: en realidad él había sido un ángel que la había salvado en la noche más terrible de su vida.

—Es un nombre muy lindo, no sé por qué no te haces llamar así —dijo ella entonces.

El joven rio.

—¿Por qué crees que me hago llamar el Caído? Porque soy en realidad un ángel caído.

Melissa recordó que el Caído le había contado que un mal día, su madre decidió no regresar nunca más a casa. En aquella época, él tenía solo quince años y su hermana pequeña, Anny, once. Sabía que, si acudía a la policía o a algún vecino, el Estado los llevaría a protección de menores y por supuesto les sería imposible mantenerse juntos. Él adoraba a su hermana y no había querido perderla, así que se había hecho cargo de ella y de la



casa, incluso había llevado a vivir con ellos a Calvin y a Hobbes. Una tarde, cuando la joven tenía quince años, el Caído había llegado a casa para encontrarla asesinada. Era notorio que habían abusado de ella sexualmente de manera violenta, y lo peor es que jamás supo quién fue.

Las vidas de sus hermanos, así como la suya, no habían sido fáciles. El destino se había ensañado contra ellos de una manera cruel, de tal manera que habían decidido hacer lo que podían: sobrevivir. Su tragedia común los unía y por supuesto, ella jamás delataría a sus salvadores, a sus hermanos del alma.

—Si no quieres cooperar, te va a ir peor —dijo el policía más joven—. Estamos intentando ayudarte, pero tu terquedad no nos lo deja fácil.

En ese momento la puerta se abrió y entro una mujer con una carpeta.

—Aquí están los resultados de las pruebas dactilares. Fue complicado porque esta chica no tiene documento de identidad.

—¿Es menor de edad? —preguntó un policía.

—No, según su acta de nacimiento tiene dieciocho años y un mes. Solo que no tramitó la mayoría de edad cuando la cumplió. Se llama Melissa González.

Los tres miraron a la muchacha que los observaba en silencio. Entonces el mayor se inclinó hacia ella.

—Así que Melissa —dijo el policía—. ¿Qué más averiguaste sobre ella?

—Nada. Desde hace más de cinco años no hay reporte de escolaridad, no terminó la secundaria. Tampoco tiene seguridad social, así que no sabemos ni su dirección, ni sus señas, ni tampoco si tiene familia. Nunca antes ha sido capturada y no

tiene ningún antecedente. Es la primera vez que está en esta situación.

Melissa se sintió asombrada. No sabían lo que había pasado hacía dos años. No la habían reportado como la asesina de aquel hombre... ¿por qué?

—Si nos dices los nombres de tus amigos, te haré pasar por menor de edad. Irás a un centro de protección al menor. Tendrás techo y comida —insistió el policia.

Melissa se dijo que ese hombre estaba loco si creía que los iba a traicionar. Así que ella solo bajo el rostro y no dijo nada.

—Es increíble que seas tan tonta, Melissa. Irás a prisión por un estúpido acto cuando podrías entregarlos a ellos y salir tú en libertad.

—¿Dónde está tu familia? —preguntó el hombre mayor—. Tal vez si hablamos con ellos...

Pero Melissa seguía en silencio.

—¿Por qué no me dejan sola con ella? Acaso yo pueda convencerla —dijo la mujer. Los hombres se miraron y sin mucha convicción las dejaron solas. Entonces la mujer, mayor que Melissa por unos años, se sentó frente a ella.

—Melissa quiero que sepas que no te va a pasar nada malo. Pero necesitamos que cooperes si quieres reducción de la pena. Podrías pagar muchos años en prisión por defender a quienes te metieron en este mundo. ¿Vale la pena?

*Usted no sabe nada de nada. No tiene ni idea cómo ha sido mi vida, no conoce a mis hermanos, son lo mejor que me ha pasado y cualquier cosa que pueda hacer por ellos, valdrá la pena,* pensó Melissa.

—¿Quieres que llamemos a tu madre? En el acta de

nacimiento dice que se llama Adela González, yo podría buscarla. No tienes padre, pero quizá tu madre pueda venir por ti y...

—Quiero un abogado. No hablaré sin la presencia de uno.

Al escuchar el nombre de su madre y la mención de que la llamarían, Melissa entró en pánico. Ella les diría que... Ellos no sabían aquello, Adela no lo había dicho y de alguna manera nadie la había vinculado con aquel homicidio. Pero no podía arriesgarse a que ahora su madre la acusara. Igualmente, no quería verla, ella sería capaz de vengarse por haberle arruinado el negocio aquella vez. No, estaba dispuesta a soportar cualquier cosa, menos volver a ver a su madre.

La policía se levantó de la silla visiblemente enfadada por la reacción de la muchacha.

—Tú lo has querido, Melissa. Quisimos ayudarte, ahora deberás atenerte a las consecuencias.

La mujer salió del recinto y la joven no pudo evitar ponerse a llorar. Era evidente que no iba a salvarse esta vez.

Era tan irónico. Hacía dos años había cometido un crimen cuya culpabilidad no conocía la autoridad. Ahora, en su primer intento de robo, se dejaba atrapar absurdamente y sería castigada.

Quizás era lo que se conocía como justicia poética. O el destino que de alguna manera le haría pagar por su crimen.

Le dolió por ella y por sus hermanos. Seguro estarían muy preocupados. Les angustiaría saberla en prisión, pero era lo mejor. Ella no iba a delatarlos, no lo merecían después de ser tan buenos. Además, la culpa de dejarse apresar fue únicamente suya. Tal vez la pena por robo no fuera tan larga y entonces podría salir y reencontrarse con ellos.

Había tanto que suponer y tanto que temer. Melissa no podía dejar de llorar. El futuro se planteaba como algo incierto y amenazaba con ser adverso.

\* \* \* \* \*

—Buenos días, teniente Burgos.

—Buenos días, abogado Olivares, ¿cómo está usted?

—Muy bien, gracias. Vengo a preguntarle nuevamente... ya sabe...

Burgos miró al muchacho con algo de indulgencia. Sí, como cada mes desde hacía dos años y medio, Alejandro Olivares, el joven y exitoso abogado llegaba hasta su lugar de trabajo para preguntar por el caso de su hermano.

—Hacemos lo que podemos —dijo Burgos como otras tantas veces—. Lamento que no haya pistas, pero no piense que no se está haciendo nada por el caso.

Alejandro había llegado esa mañana temprano a la oficina del teniente, con la esperanza de que ese mes sí hubiera algo nuevo, pero parecía que otra vez se iba a llevar una gran desilusión.

—El tiempo pasa y... —dijo Alejandro manifestando su mayor temor: que el tiempo terminara borrando el crimen cometido contra su hermano y que, como tantos otros casos, quedara en la impunidad.

—Lo comprendo perfectamente. Créame que tratamos de avanzar, pero las pistas que tenemos son muchas y a la vez muy

pocas.

—Sí, ya sé que esa noche, Alfredo salió del bar muy borracho y se marchó con una prostituta...

—Se dirigieron al barrio en el sur donde vivía la mujer.

—Y donde viven otras tantas prostitutas, visitadas por muchos clientes cada noche. Es como buscar una aguja en un pajar.

—Así es, pero no crea que no lo intentamos. Hemos ido a preguntar nuevamente, quizás alguien haya recordado algo... incluso hemos ofrecido recompensa, y no hay nada claro. No tenemos ni rastro sobre la identidad de la mujer.

Alejandro se mesó los cabellos con algo de enfado. ¿Cómo era posible que nadie hubiera visto nada? ¿Cómo podía ser que nadie dijera nada?

—Eso no es posible. Alguien la está encubriendo.

—Eso creemos. El problema es que las mujeres de ese gremio son muy unidas, no van a delatarse así como así. Tendremos que seguir buscando.

Desde el primer día después del funeral de Alfredo, Alejandro se había encargado en seguir el caso de cerca. Había hablado con los investigadores de aquel momento, había estudiado con cuidado los apuntes y otros documentos de la pesquisa. No quería perder detalle, incluso se atrevía a recomendar a los policías cómo podrían conseguir más información.

Los agentes no se enfadaron, más bien acogieron las sugerencias de Alejandro que, a pesar de ser un abogado novato, era muy listo. No obstante, no habían tenido suerte. Los datos que había sobre la muerte de Alfredo Olivares y las

circunstancias que la rodearon eran oscuros, confusos, sin testigos y con mínimas evidencias.

El tiempo jugaba en su contra. Cada día que pasaba aumentaba la posibilidad de que cualquier elemento se olvidara o quedara a un lado propiciando que el culpable escapara.

—Tengo miedo de que el caso quede impune —dijo Alejandro—. No sería justo.

El teniente lo observó. Era un muchacho gentil. En los dos años que llevaba al mando de la investigación, había notado su sed de justicia por el caso de su hermano. Era cuidadoso y muy profesional. Sabía que su padre era un buen abogado, y ese muchacho estaba mostrando ser un digno heredero.

—Confiemos en que la justicia hará lo suyo —respondió.

—Me preocupan mis padres —dijo Alejandro.

A pesar de que ellos casi nunca hablaban del tema, él sabía que todavía les dolía.

Tanto Clara como Juan habían vuelto a la aparente normalidad de sus vidas. Habían seguido su camino tal y como a Alfredo le hubiera gustado. Pero Alejandro sabía que todavía les dolía, que pensaban en él y que aún los agobiaba la injusticia de saber que la persona que les había robado a su hijo seguía tan campante por la calle sin recibir el castigo que se merecía.

Las fechas especiales eran lo más difícil: se notaba la ausencia del muchacho, su alegría, sus risas. Cada vez que pensaba en esto, se decía que tenía que hacer algo. Debía darles a sus padres la tranquilidad de saber que los culpables irían a prisión, que la muerte de su hermano no quedaría en el olvido ni en la impunidad.

—No se preocupe por ellos. Siempre he creído que la

misma vida hace lo suyo para poner la balanza en el punto correcto. Usted es un excelente abogado, sabe de qué le hablo. Lo mejor es que se concentre en darles felicidad a sus padres, trate de compensarles por aquel hijo que la injusticia se llevó. Usted es un hombre digno de admirar.

Las palabras del teniente no eran exageraciones.

Tal y como se preveía desde que era un estudiante, Alejandro se había convertido en un exitoso abogado. Con poco más de dos años en el ejercicio de la profesión, había logrado un puesto de privilegio en el bufete de su padre, y no precisamente por ser su hijo, sino por ser un hombre analítico, inteligente, estratega y, sobre todo, justo.

Su trabajo le gustaba mucho. Llenaba los vacíos de su vida, calmaba el dolor de la ausencia de su hermano, le daba la satisfacción de hacer justicia y de hacer del mundo un mejor lugar para la sociedad. Sí, le había ido bien.

Pero el caso más importante, el que él hubiera querido resolver, todavía estaba en el limbo.

—No se imagina cuanto añoro estar en la parte acusadora cuando por fin atrapen al asesino, o como sospecho, asesina — dijo el joven.

—Y no dudo que así sea, pero le doy un consejo con el derecho que me dan mis canas. No se obsesione. Haremos todo por encontrar a aquella mujer y develar la verdad. Pero si eso no ocurre, le pido que sea paciente, que lleve una vida normal y que sepa, que la justicia existe. Si esa persona es tan astuta como para escapar de la justicia terrenal, tenga por seguro que no escapará de la justicia de Dios, y entonces no tendrá posibilidades de salir indemne.

Para Alejandro las palabras del teniente Burgos eran un triste consuelo. Él sabía eso, era consciente de que en algún momento esa persona iba a pagar por su crimen, pero eso no le impedía que él quisiera estar allí para verlo.

—Teniente Burgos, usted tiene razón. Sin embargo, yo les juré a mis padres, y me juré a mí mismo por la memoria de Alfredo hacer justicia. Y mientras esté en mis manos voy a perseguir a los culpables hasta atraparlos, no importa el tiempo que me tarde. Sé que lo lograré.

Alejandro se levantó de la silla y se despidió con gentileza prometiendo volver en un mes, como siempre.

Burgos se quedó mirando la puerta. Alejandro era digno de admiración. Solo una férrea determinación como esa hacía que muchos casos se resolvieran.

En el fondo sintió pena por el asesino, porque sabía que cuando cayera en las manos de Alejandro Olivares lo iba a pasar muy mal.



## **Segunda Parte**

### **El Presente**

## Capítulo 3

*Abril de 2013*

—Hola, flaca —dijo una de las guardias llegando hasta donde estaba Melissa sentada en el taller de pintura, como siempre con sus cuadros—. Que mala cara traes hoy.

Desde hacía cuatro meses, la visitaba casi todas las noches aquella horrible pesadilla. La misma que la llevaba a pensar en su pasado y las circunstancias que la habían conducido a terminar en prisión, Melissa no había podido dormir más.

—No pude dormir —dijo sencillamente bajando el pincel con el que estaba terminando un árbol en el paisaje que plasmaba en su lienzo. No estaba quedando bien, su mente estaba embotada, tenía cansancio, no podía concentrarse. Lo que soñó le había quitado la relativa calma que había encontrado con los años.

Después de siete años en prisión, Melissa no se podía quejar. No podía decir que era un lugar tan desagradable como ella se había imaginado.

Los primeros días habían sido muy difíciles. Extrañaba terriblemente a sus hermanos, no dejaba de llorar todas las noches, de pedir a Dios que estuvieran bien y de rogar por un milagro que le permitiera reunirse con ellos nuevamente. Cada

día soñaba con que llegarían a buscarla, a decirle que estaba en libertad y que ellos la estarían esperando en la puerta para llevarla a casa. Pero eso jamás había sucedido.

Conforme pasó el tiempo, se fue aclimatando. Tenía techo, comida y algunas posesiones como ropa y otros objetos que traían para las presas las entidades de caridad, las damas voluntarias y otros grupos de apoyo.

Incluso había terminado los estudios básicos. En alguna ocasión una trabajadora social le había dicho que si estudiaba le rebajarían la pena. Así que no lo dudó, la joven se decidió, además porque pasaría el tiempo haciendo algo provechoso. En unos años, había terminado la secundaria, algo que paradójicamente no habría logrado de no estar allí.

Luego había hecho un curso de pintura con algunas chicas, estudiantes de artes, que realizaban obra social en la cárcel. Se dijo que era buena, había aprendido a pintar en lienzo y también a realizar dibujos, pero lo que más le gustaba era pintar paisajes. Quienes veían sus cuadros decían que eran bastante bonitos, que tenía sentido de la estética y que sus pinturas demostraban no solo talento, sino también un muy buen gusto.

En eso pasaba los días, pintando. Algunas veces los familiares de otras reclusas que venían a visitarlas le compraban sus cuadros, incluso alguna que otra guardia. Con eso conseguía los insumos para pintar más cuadros.

Pero ese día, debido a la pesadilla y al insomnio, parecía que no podía concentrarse.

—¿Te dolía? —dijo la guardia señalando el brazo todavía vendado de la joven.

—Un poco —respondió ella, sin aclarar que esa no era la

causa de su desvelo.

—Lo lamento, eres tranquila, no te metes con nadie, no era justo que te pasara aquello.

—Ya pasó, ahora estoy bien —dijo Melissa sin darle mucha importancia.

—Es verdad. Pero no vine a hacerte visita. Vine a avisarte que tu abogado te está esperando en la sala.

—¿Mi qué? —preguntó Melissa asombrada—. Debes estar equivocada. Yo no tengo ningún abogado.

—Pues dijo que era el abogado de Melissa González y esa eres tú.

—Mi caso se concluyó hace mucho —dijo ella—. No entiendo.

—Mira, yo solo vine a avisarte. Así que sea como sea, lo mejor es que vayas y preguntes de qué se trata. Si la cosa no es contigo, le dices que se vaya y punto —aconsejó la guardia—. Está esperándote en la sala de entrevistas número cinco.

Melissa estaba asombrada. ¿Quién sería? ¿Por qué...?

Entonces de súbito recordó lo que le había dicho Valeria: que buscaría un abogado para ella.

La muchacha dejó el taller y se dirigió a la sala. Quizá fuera Fabián, el esposo de Valeria. Hizo una mueca incómoda. Ella le había dicho a su amiga que no quería un abogado, que mejor le escribiera a la prisión.

Y lo había hecho. Melissa ya había recibido dos cartas en las que Valeria le contaba que se había reconciliado con su esposo, que era feliz, que se amaban y que se habían casado por la iglesia.

Sintió alegría por su amiga. Una chica buena y dulce como

ella merecía ser feliz.

Melissa no había respondido las cartas por dos razones. Primero porque no había nada nuevo que contar. Su vida transcurría tan monótona como siempre, haciendo lo mismo, ¿qué le diría? ¿Que había pintado un nuevo cuadro? Claro que no. En segundo lugar, porque no quería provocarle lástima, pues terminaría buscando un abogado para que la sacara.

A pesar de su silencio lo había hecho.

Sentía cierto nerviosismo cuando llegó a la sala. La guardia se hizo a un lado y abrió la puerta.

El único ocupante del lugar estaba sentado a la mesa, de espaldas a ella, revisando unos documentos. En cuanto escuchó que la joven entraba se levantó y se giró hacia la muchacha.

Entonces Melissa tuvo el estupor más grande de su vida y la sorpresa más aterradora.

Era él.

El hombre que ella había asesinado casi nueve años atrás. Estaba segura, era ese mismo rostro, esos mismos ojos, esa boca. Se veía mayor, claro, pero inconfundiblemente era él, jamás olvidaría esa cara.

Como si hubiera salido del sueño que había tenido la noche anterior. Como si se materializara de su más grande temor. Como si de súbito saliera de su pasado para instalarse en su presente.

¡No había muerto!

¡Por eso jamás la acusaron de asesinato! ¡Estaba vivo!

No podía ser posible, esa noche ella vio que él tenía los ojos muy abiertos, estaba inmóvil, no respiraba, había supuesto que estaba muerto. No era así. Estaba vivo.

¡Vivo!

Y frente a ella.

La había encontrado. Estaba allí para acusarla. El intento de homicidio también se castigaba. De alguna manera él la había encontrado después de tantos años y ahora le haría pagar por lo que pasó.

Su corazón latía muy fuerte. Este encuentro era algo que no había esperado, algo que jamás pensó siquiera que pudiera ocurrir.

Una debilidad se apoderó de sus piernas impidiéndoles sostenerla, sintió que el aire ya no le entraba al pecho, que no podía respirar. Sus ojos se nublaron, de súbito la oscuridad se apoderó de ella y se desmayó.

\* \* \* \* \*

—Melissa... Melissa... ¿me oyes? —dijo una voz femenina.

—Ya está reaccionando —afirmó un hombre.

Las voces llegaban hasta ella como desde un lugar muy lejano. Un penetrante olor a alcohol llegó a su nariz trayéndola de regreso a la realidad.

Melissa abrió los ojos solo para ver que estaba acostada, y que a cada lado había una persona.

—¿Qué pasó? —preguntó la muchacha desubicada. Sus ojos todavía estaban nublados y no podía distinguir los rostros de sus acompañantes.

—Te desmayaste —respondió la mujer—. Estás en la enfermería.

Melissa reconoció la voz de Andrea, la enfermera de la prisión. Poco a poco su vista se fue aclarando y vio que la mujer sostenía un algodón cerca de su nariz; el olor del alcohol la había hecho reaccionar.

Trató de incorporarse, pero se sentía decaída.

—Quédate quieta —dijo Andrea—. Estás muy débil.

La joven volvió a cerrar los ojos. Se sentía temblorosa y sin fuerza. Entonces recordó. Él estaba allí.

Abrió los ojos de nuevo y entonces se dio cuenta de que el hombre allí, junto a la camilla donde ella estaba, era él.

De nuevo se sintió mal. Se removió incómoda, no podía dejar de mirarlo.

—No te muevas —dijo Andrea mientras ponía en su brazo los aparatos para tomar el pulso—. Estás muy alterada. ¿Cómo está tu herida?

Melissa entonces miró su brazo y notó que había sangre. Le dolía. Seguro se había golpeado al caer.

—Me duele —dijo ella con voz cansada.

—Estás muy pálida. ¿Estás comiendo bien? ¿Descansas lo suficiente? —preguntó Andrea—. No olvides que estás todavía en recuperación, no debes hacer muchos esfuerzos.

—Sí... yo... anoche no pude dormir bien —respondió recordando la pesadilla, una pesadilla que ahora cobraba vida y regresaba para hacerle pagar.

—Tómate esto —dijo Andrea entregándole un par de pastillas.

Melissa se incorporó con la ayuda de la enfermera y

recibió el vaso de agua para tomar el medicamento—. Esta noche debes tomar otra dosis igual, y por favor, descansa.

La enfermera se levantó mientras Melissa se recomponía un poco.

—Quédate aquí un rato, voy a informar que estás mejor. Te dejo con tu abogado.

—¿Abogado? —preguntó Melissa mirando al hombre.

—Así es, me temo que te desmayaste antes de que pudiera presentarme —dijo él llamando la atención de ella—. Mi nombre es Alejandro Olivares y soy tu abogado.

El hombre extendió la mano hacia ella, quien dudó antes de tomarla.

¿Abogado? ¿Acaso no la reconocía? No podía ser, habían pasado los años, pero no había cambiado tanto. ¿O la había olvidado? Una situación como en la que se habían conocido no se podía olvidar tan fácilmente.

—Soy... Melissa González —dijo ella tomando la mano de él.

La muchacha sintió algo extraño.

Era el mismo hombre de hacía tantos años, pero a la vez no lo era. Aunque los ojos eran los mismos, la mirada era distinta. No había ese aire de maldad que percibió esa noche, ahora parecía estar ausente, no solo de sus ojos sino también de su semblante, de su expresión. ¿Podía una persona cambiar tanto?

Su mano era cálida y asió la de ella con firmeza y delicadeza a la vez, algo totalmente distinto a la manera en que la había tocado en aquella ocasión.

La sensación la perturbó un poco, así que liberó su mano



en cuanto pudo y lo observó.

Era él, no cabía duda. No podía haber dos personas tan parecidas. Recordaba que esa noche había pensado que era guapo a pesar de su nefasto comportamiento. Ahora, con nueve años más, era todavía más atractivo. No era solo su apostura física, sus ojos de color verde claro, su rostro masculino o su boca sensual, era también su porte, su elegancia, la seguridad con la que hablaba y se movía, algo que no vio esa vez. No pudo evitar sentirse un tanto atraída y otro tanto intimidada por ese hombre.

—No... no entiendo... por qué... un abogado... —dijo ella titubeando un poco. Quizá su intención era castigarla por lo que había pasado hacía años. Aunque en su semblante no había nada que le indicara que la había reconocido, no debía estar tan confiada.

—Porque tu caso es uno de los más injustos que haya visto en toda mi vida. Un robo simple no puede darte tantos años de prisión. Así que he venido para ayudarte a salir de aquí.

Esas palabras confundieron todavía más a la muchacha.

Eso no podía estar pasando. No podía ser que el hombre que ella había herido años atrás, ahora quisiera sacarla de prisión.

Melissa sintió algo de temor. ¿Y si era una trampa?

—Yo no he solicitado la ayuda de ningún abogado —dijo ella eludiendo su mirada—. No... no necesito ningún abogado.

Alejandro miró a la joven pálida y débil recostada en la pequeña camilla.

Estaba completamente sorprendido.

Cuando Fabián le había hablado de Melissa y le pidió hacerse cargo de ese asunto, se dijo que sería fácil. Estudio el expediente y notó que era sencillo. Había muchos errores de

procedimiento en el actuar del abogado que la había defendido, así que podía realizar una apelación o solicitar un nuevo juicio y pedir menos tiempo de condena, tal vez cinco años, y teniendo en cuenta que ella había pasado siete años en prisión, eso implicaba que estaba prácticamente afuera.

El siguiente paso había sido ir a verla. Se había imaginado una muchacha apocada, marchita y ansiosa por ayuda y atención, pero ahora que la conocía se encontraba con varias sorpresas.

La primera, que era una mujer extremadamente atractiva.

A pesar de la palidez que se había apoderado de ella cuando se desmayó y de los círculos oscuros que bordeaban sus bellos ojos, pudo notar que poseía una belleza natural, serena y elegante que de seguro no la dejaría pasar inadvertida.

Era alta y delgada, nada tenía que envidiarle a una modelo, de hecho, podría confundirse perfectamente con una de ellas. No, era mucho más bella que una modelo. Las modelos eran excesivamente escuálidas, no tenían pechos y sus caderas y sus piernas eran muy delgadas. Melissa, en cambio, tenía un busto firme y abultado, era notorio debajo de la vieja camiseta que cubría su anatomía. Sus piernas, eran torneadas y sus nalgas eran firmes, o así parecían cubiertas por los jeans raídos. Había notado su esbeltez cuando se había girado y la había visto entrar en la sala de visitas, y lo había confirmado cuando la tomó en sus brazos para llevarla a la enfermería.

Si su cuerpo era perfecto, su rostro era una visión. Su piel era blanca y lustrosa, sin ninguna imperfección que la oscureciera. Sus ojos grandes tenían un bonito color entre castaño claro y verde, muy inusual. Su nariz respingada y su barbilla fina le otorgaban un aire aristocrático. Pero lo más

atrayente era su boca, una boca de labios llenos y rojos que invitaban a besar, unos labios como la miel.

Alejandro se sobresaltó ante este pensamiento. Hacía mucho que una mujer no lo impactaba tanto con un solo encuentro.

Pero no estaba allí para eso. Estaba allí para hacer su abogado, para ayudarlo, para sacarla de la cárcel.

—Fabián Lagos piensa que sí lo necesitas —dijo el hombre para responder a la afirmación de Melissa.

Fabián, el esposo de Valeria, él había enviado este hombre.

—Le dije a Valeria que no necesitaba ningún abogado —dijo algo desesperanzada, como si en vez de sentirse aliviada por la eventual ayuda sintiera un peso de una carga que se instalaba sobre sus hombros.

—Valeria no lo sabe —aseguró Alejandro—. Esto es idea de Fabián. Valeria le habló de ti, de tu situación y él consideró que no era justo que estuvieras aquí por eso me pidió el favor de que me encargara de tu caso, pues él todavía está de luna de miel con su esposa.

Melissa se incorporó en la camilla.

—Por favor, no te levantes —pidió Alejandro.

—Ya me siento mejor —aseguró ella.

—No creo que lo estés, tu brazo está sangrando.

Valeria fijo la vista en su vendaje que cada vez se veía más empapado. Al parecer se había lastimado el brazo cuando cayó al suelo.

—No es nada, tal vez la herida se abrió un poco, pero voy estar bien.

Alejandro la observó tocarse el vendaje ensangrentado.

Esta mujer era un completo enigma. Se había desmayado, lo miraba con miedo y sorpresa en sus preciosos ojos y le decía que no necesitaba un abogado.

Fabián le había dicho que era una chica noble y dulce, que había sido muy amable con Valeria, incluso la herida que tenía en el brazo había sido causada mientras defendía a su amiga. Así que se imaginó que sería una muchacha que esperaba redención y ayuda. Pero en realidad era una mujer retraída, que lo miraba con asombro y temor, como si estuviera viendo un fantasma, pero que extrañamente no se asustaba con algo tan grave como era una lesión en su reciente herida.

—¿Por qué no quieres un abogado? —preguntó altamente intrigado.

Melissa soltó un suspiro y después sonrió con tristeza.

—¿Y para qué quiero uno?

—Para que te saque de aquí.

—¿Y por qué querría yo irme de aquí?

Alejandro la miró asombrado.

—¿Cómo que para qué? Para ser libre, para estar afuera, para hacer de tu vida lo que quieras.

—¿Y cómo? La única vida que conozco es esta. El único hogar que conozco es este. Allá afuera, no hay nada para mí, no hay nadie esperándome. Allá afuera no tengo nada.

—¿Y aquí sí?

—Sí. De alguna manera esto también es un hogar. Hay personas con las que logro llevarme bien, compartir tristezas y alegrías, los buenos y los malos momentos, aquí tengo un techo, alimentación, y todo lo que necesito para estar bien.

Era increíble escuchar a una mujer tan joven y tan hermosa hablar de esa manera. Alejandro se sintió profundamente conmovido. En los años en que esta muchacha había estado en ese lugar, había perdido la voluntad de ser libre. Se había acostumbrado tanto a su situación que ahora le parecía impensable estar en un lugar distinto a la prisión.

Eso no era justo. Melissa merecía vivir afuera, tener una vida como la de las demás muchachas, salir, pasear, ver el mundo, disfrutar de todo lo que ofrecía la vida, algo que ella seguramente ya había olvidado.

—No, Melissa, no tienes todo para estar bien. Tienes una enemiga, si no estoy mal fue la mujer que te causó esa herida.

Melissa volvió a mirar su brazo. El vendaje estaba completamente empapado, como si él también le recordara el peligro que corría en ese lugar.

—La trasladaron para otro sector, con las reclusas más peligrosas. Ya no corro riesgo por culpa de La Cazadora.

—Está bien, ya no corres peligro por cuenta de ella. ¿Y las demás? ¿Cómo puedes estar segura de que no puedes tener un problema con alguna de ellas? ¿Cómo saber que no va llegar alguna mujer peligrosa o que atente contra tu seguridad?

Melissa sonrió con tristeza.

—Porque llevo demasiados años en este lugar, y sé cómo vivir aquí.

Lo que iba a decir Alejandro fue interrumpido por la enfermera que había estado con ellos hacía un momento.

—Tienes abierta la herida, tengo que limpiarla y cambiar el vendaje —dijo la enfermera.

En pocos instantes, empezó a realizar su trabajo. Quito las

vendas manchadas, limpió la herida, y volvió a cubrirla. Melissa no se quejó ni se movió, aunque era evidente en su rostro que le dolía el tratamiento curativo que estaba recibiendo.

Alejandro se dijo que hacía mucho no conocía una mujer como esta. Mostraba un estoicismo absoluto. Y no lo pensaba solamente porque no manifestaba el dolor por su herida, sino por la forma en la que estaba asumiendo su vida.

No la culpaba, había entrado a prisión siendo una chiquilla de dieciocho años, había pasado toda su vida adulta en aquel lugar, conocía muy poco de la vida exterior y quizá lo que conocía no había sido amable con ella. Quizá la prisión se mostraba ante ella como una perspectiva más tranquila que la inseguridad que podría encontrar en la calle.

—Muy bien, Melissa, ya está. Por favor, no olvides tomar el medicamento esta noche. Y de aquí sales derecho a la cama, necesitas descansar, así que vas a permanecer recostada el resto del día y también mañana. Nada de pinturas y nada de esfuerzos de ningún tipo.

Melissa sonrió y asintió. Andrea era una buena mujer que sabía que su preocupación era sincera.

—Está bien, lo prometo —dijo Melissa en tono sincero como gesto de agradecimiento por lo que Andrea hacía por ella.

—Puedes irte en cuanto lo desees —la mujer se alejó un par de pasos hacia la puerta—. Los dejo, tengo que revisar a otra mujer.

De nuevo la enfermera salió dejando a Melissa y a Alejandro en un incómodo silencio.

La chica se sentía altamente cohibida. Eso sin nombrar la impresión que todavía no terminaba de abandonarla. Seguía sin

explicarse cómo era posible que no la reconociera. Ahora sabía que, por esas coincidencias de la vida, este hombre era un abogado amigo de Fabián y Valeria, y que habían sido ellos quienes lo habían enviado a ayudarla. Pero no era eso lo que ella quería, y mucho menos si la ayuda provenía de este hombre.

—Bien, será mejor que me retire, Andrea ha dicho que debo descansar.

—Melissa, por favor, nuestra charla no ha terminado.

—Yo creo que sí, agradezco que se haya tomado la molestia de venir hasta aquí. Por favor, dígame a Valeria que la aprecio mucho y que le agradezco lo que quiere hacer por mí, pero no quiero hacer nada que modifique mi situación actual. Ella es mi amiga y sabrá comprenderme.

—¿Necesitas ser tan radical? ¿Está segura de que quieres tomar la decisión ahora? ¿No quieres pensarlo un poco? —preguntó Alejandro dejando abierta la posibilidad de que la joven lo considerara.

Melissa negó con la cabeza.

—No tengo nada más que pensar. Agradezco que haya venido y créame que lamento mucho que haya perdido su tiempo.

Melissa hizo un ligero amago de bajarse de la camilla. Mientras lo hacía, Alejandro se acercó a ella para ayudarla. De súbito, la debilidad que se había adueñado del cuerpo de la joven la atizó, así que momentáneamente perdió el equilibrio. En ese instante, Alejandro extendió sus brazos y tomó la muchacha de la cintura para evitar que cayera.

Los dos jóvenes quedaron unidos por un abrazo involuntario. Las manos de Alejandro se cerraron alrededor de la

pequeña cintura de la muchacha quien se apoyó sobre el torso de aquel fuerte caballero, mientras apoyaba sus manos sobre los hombros.

Melissa levantó su rostro hacia él, y se dio cuenta de que la atractiva cara de ese hombre había quedado a menos de diez centímetros de la suya. No pudo evitar perderse en la inmensidad de sus hermosos ojos verdes, en la belleza masculina de su nariz y su mentón firme, en la curva galante de esos labios.

A Alejandro le pasó algo similar. Al tenerla tan cerca, pudo notar con más detalle esos hermosos ojos de un color que no sabía describir, la tersura y palidez de su piel, y esos labios que eran una tentación. El cuerpo de la mujer se apoyaba frágil sobre él, y de lo más recóndito de su ser nació un poderoso deseo de abrazarla y protegerla, mezclado con el despertar en su cuerpo de una sensación que recorrió sus ingles con calidez.

De repente, hizo mucho calor en ese lugar. Melissa sentía el cuerpo deliciosamente envuelto por unos brazos que la sujetaban con firmeza y a la vez con delicadeza. ¿Alguna vez había sentido una fuerza así rodeándola? A su nariz llegó el exquisito olor de la colonia masculina, una mezcla entre recio y elegante, digna de aquel caballero.

Pero aquello duró solo un instante. Melissa, sorprendida y cohibida por aquel íntimo abrazo del que solo el destino tenía la culpa, dio un paso hacia atrás poniendo sus pies de manera firme sobre el suelo, demostrándole a Alejandro que ya no era necesario que la sostuviera. Bajó el rostro ligeramente enrojecido y soltó un lento suspiro.

—Me... me tengo que ir. Adiós.

—Hasta pronto, Melissa —respondió Alejandro mientras



observaba a la muchacha marcharse.

Nada de ese encuentro había salido como lo había pensado.

Todavía impactado por la impresión que le había ocasionado esa joven, Alejandro se tardó un poco más allí, solo, en la enfermería de la prisión. Su mente seguía dando vueltas a aquello. Parecía que lo único que tenía que hacer era aceptar que la muchacha no quería su ayuda. Eso representaría una enorme desilusión para Fabián y para Valeria.

Pero si ella no quería, no había nada que pudiera hacer.

Era una verdadera pena que una mujer tan joven y bella decidiera enterrar su vida en la cárcel de manera voluntaria, pero si era su decisión, todos tendrían que respetarla.

Alejandro tomó su maletín con sus documentos y salió de la enfermería. Recorrió los pasillos de la prisión para buscar la salida mientras observaba el lugar. Era poco luminoso, húmedo y frío. Los ruidos de las charlas de las presas llegaban hasta él y alguno que otro grito o regaño. Definitivamente esa no era una buena vida para nadie.

Salió con la intención de dirigirse a su oficina. Cuando Fabián regresara tendría que darle la mala noticia. No había nada que se pudiera hacer por Melissa, no porque la ley estuviera en contra de ella, sino porque la misma Melissa era quien ponía las barreras a su libertad.

## Capítulo 4

Nuevamente era una noche de insomnio para Melissa, parecía que no iba a poder volver a dormir nunca.

Sola en su celda, acostada en su cama, con la oscuridad invadiéndolo todo, Melissa no podía dejar de pensar.

¿Cómo hacerlo con la cantidad de cosas que estaban sucediendo?

Todavía le parecía imposible lo que le había pasado hacía unas horas.

Aun en contra de sus deseos, Valeria y su esposo habían buscado un abogado para sacarla de prisión. Pero eso era algo que ella no necesitaba. ¿Para qué? No sabía hacer nada diferente a pintar, y estaba segura de que con eso no podría conseguir un trabajo lo suficientemente digno como para sobrevivir. Así que su vida fuera de la prisión que la protegía desde hacía siete años era completamente impensable. No podía imaginarse a sí misma fuera de ese lugar, sola y desamparada, sin familia y sin nadie a quien acudir.

Habían pasado tantos años desde que dejara de saber de sus hermanos que estaba plenamente convencida de que sería imposible encontrarlos. Y si los encontraba, ellos ya tendrían sus vidas hechas y muy seguramente no habría espacio para ella. Los años habían pasado y muy seguramente también las prioridades de los jóvenes. Así que la vida fuera de prisión en vez de

presentarse como una alternativa de libertad y de realización personal, en realidad sería una constante incertidumbre sobre el mañana.

De otro lado, estaba el hecho de quién era el abogado a quien le habían enviado.

Sencillamente no lo podía creer. Era inconcebible que el destino le jugara esa pasada. El mismo hombre que ella había atacado hacía nueve años cuando su vida había cambiado radicalmente.

La confusión invadía su mente. Estaba segura de que había muerto cuando ella le quebró esa botella en la cabeza. Se había quedado muy quieto, con los ojos abiertos, ella lo había visto bien. Concluyó que estaba muerto, por eso había escapado. Jamás podría olvidar esa noche, y mucho menos cuando su imagen la seguía persiguiendo en sus pesadillas.

Pero no había muerto. Extrañamente, había quedado vivo. Por más que intentara comprenderlo, no podía.

En el fondo de su alma le agradó, sintió que un enorme peso era liberado de su pecho. No había asesinado a nadie, como ella lo había creído durante mucho tiempo. De alguna manera creía que con su encarcelamiento estaba pagando aquel crimen del que jamás había hablado. Y ahora se daba cuenta de que en realidad el delito no había existido. Quizá solamente le había hecho daño, quizá su madre había llegado a tiempo y lo había llevado a un hospital para salvarle la vida. Fuera como fuera, el hecho era que estaba vivo.

Y era abogado. Se notaba que era alguien importante. Lo decía su forma de hablar, su elegancia, su porte.

No podía negar que era tremendamente atractivo. Esos

ojos la habían impactado profundamente. La mirada no era igual a la que le había otorgado aquella noche. En esa ocasión había lucido una mirada perversa, destructiva, hiriente, plagada de malas intenciones. En cambio, esa vez su mirada había sido completamente distinta. Había compasión y también interés, había bondad, amabilidad y por supuesto, la intención de ayudarla tal como se lo había solicitado Fabián. Hubiera podido perderse en esa mirada, en esos ojos dulces que de alguna manera habían estremecido su interior.

Su rostro era muy atractivo, sus rasgos eran tremendamente masculinos, pero sin ser bruscos. Eran los rasgos de un hombre fuerte y a la vez bondadoso, justo y honrado.

Era magnífico. Alto, con su cuerpo completamente musculoso envuelto en una ropa elegante que solamente lo hacía lucir más llamativo. A algunas de las reclusas solían traerles revistas, y a veces ella se entretenía observando y leyendo sobre los famosos, actores, cantantes y modelos. Alejandro no tenía que envidiarle nada a ninguno de ellos, de hecho, podría decir que era mucho más guapo que alguno que otro que aparecían en esas fotos.

Sonrió al recordar aquel último contacto, cuando ella había estado a punto de caerse y él se había adelantado para sostenerla. Casi podía sentir la calidez de sus manos en su propia cintura, su torso fuerte y cálido contra el de ella, sus hombros musculosos bajo sus manos. Y cuando lo había mirado, ese rostro tan cerca del suyo, esos ojos que la miraron como si quisieran descubrir lo más recóndito de su alma, esa boca tan atractiva la habían hecho estremecerse. Había sentido la fuerza de sus brazos y el calor de su cuerpo rodeándola, y ella experimentó un loco deseo de

abandonarse a esa momentánea protección, como si quisiera que la acunara entre sus brazos, que la cuidara.

Melissa dio otra vuelta en la cama. Si dejaba que su mente siguiera por esos caminos, no iba conciliar el sueño nunca.

Era extraño lo que había pasado. Hacía nueve años, aquella noche, ese hombre le había parecido totalmente repulsivo. Había temblado de miedo, de terror, y había luchado con todas sus fuerzas para liberarse de aquel tortuoso abrazo que desencadenaría en un acto de violencia que la llenaría de vergüenza y humillación. Sin embargo, el ligero abrazo que habían compartido durante unos segundos en la enfermería de la prisión, no se había parecido a ese encuentro tan lejano. Esta vez había vuelto a temblar, pero por una sensación totalmente desconocida para ella, una sensación que no era de miedo ni de pánico, sino de una calidez extraña que jamás había sentido en su vida.

Era evidente que ese hombre había cambiado. De la maldad que había manifestado esa noche, ya no quedaba nada. Ahora era un caballero amable y dulce. Recordó la insistencia con la que había querido ayudarla, la bondad en sus ojos cuando la miraba, la disposición por cumplir la misión que le había encomendado Fabián y el interés genuino en su caso, en hacer justicia por aquella condena tan impropia. Seguramente era esa nueva forma de ser la que había hecho cambiar su percepción ante ese hombre y lo que sintió cuando la tocó.

Había algo que seguía sin comprender. ¿Cómo no la había reconocido? Una situación como la que habían vivido años atrás no se podía olvidar tan fácilmente. Ella no lo había olvidado, en sus sueños seguían atormentándola los vívidos recuerdos de

aquella ocasión. ¿Cómo era posible que a él no le sucediera lo mismo? Él había sido la víctima, quizás había estado a punto de morir por culpa de ella. Habían roto una botella en su cabeza y lo habían dejado abandonado sobre una cama. ¿Cómo podría un hombre olvidar a quien le ocasionó ese daño? Si ella no había podido olvidarlo a él, ¿cómo era posible que él sí la hubiera olvidado a ella? Porque era evidente que la había olvidado, la miraba como si nunca antes la hubiera visto, como si no la asociara de ninguna manera con lo que le había pasado tantos años atrás.

Esta noche estaba muy borracho, todavía recordaba el olor a alcohol que llegó hasta su nariz cuando intentó besarla. Tal vez la borrachera borró los recuerdos de tal manera que había confundido la imagen de la mujer que lo había golpeado. Quizá, lo que había sucedido en aquella habitación hubiera quedado como un suceso impreciso en su mente.

¿Y si había perdido la memoria? Esas cosas pasaban. Quizá con el golpe que le había dado con aquella botella había logrado borrar lo que había sucedido. Incluso ni siquiera recordara lo que había pasado.

Ahora que pensaba en estas posibilidades se daba cuenta de que tampoco era tan imposible que no la reconociera.

De alguna manera se alegraba por este hecho. Se sentiría muy avergonzada por lo que había pasado. Aunque había sido un acto de defensa propia, no le gustaba la idea de haberle hecho daño a un hombre.

En el fondo quien debería sentirse profundamente avergonzado tendría que ser él. Era totalmente vergonzoso pagar por acostarse con una muchacha, y mucho más si esta era virgen

y menor de edad.

Nuevamente Melissa se removió en la cama mientras esbozaba una ligera sonrisa. Se sentía contenta de que ese hombre estuviera vivo, y también de que hubiera rectificado el camino, que se hubiera convertido en alguien de provecho, en un abogado, una persona que pudiera ayudar a los demás. Si esa noche le hubieran dicho que aquel joven agresivo que había buscado hacerle daño se fuera a convertir en alguien honesto y decente, no lo habría creído. Era como si fueran dos personas diferentes. Pero ella reconoció el rostro de ese hombre y lo reconocería siempre, esa cara inconfundible que la había perseguido en sueños durante nueve años.

Con el alma tranquila y relajada, la muchacha se dijo que tenía que conciliar el sueño. Aquel pecado que la había atormentado durante tantas noches en sus pesadillas, ya no existía. Así que muy seguramente no volvería soñar con aquel terrible suceso.

Lo mejor era olvidar todo el asunto. Olvidar lo que había pasado hacía tantos años, pues no valía la pena, ya que no hubo consecuencias. Olvidar que ese atractivo hombre había llegado a ofrecerle ayuda para sacarla de prisión. Olvidar esos bonitos ojos que la miraban con bondad. Olvidar aquel fabuloso toque momentáneo que llenó su cuerpo de inquietantes sensaciones.

Se giró una vez más en la cama y cerró los ojos con el firme propósito de quedarse dormida. Sin embargo, lo único que podía ver era una cara varonil y atractiva con unos ojos profundos y amables, un rostro que antes la perseguía para torturarla, y que ahora llegaba a ella para confortarla.

\* \* \* \* \*

Melissa no era la única que no podía dormir.

En la oscuridad de la lujosa habitación principal del sofisticado departamento en una de las mejores zonas de la ciudad, Alejandro observaba las pequeñas luces que poco a poco se iban apagando.

Después de convencerse de que era totalmente inútil conciliar el sueño, el joven se levantó de su cama, buscó una copa de whisky, y se sentó en el sofá de su habitación frente al enorme ventanal.

No podía dejar de pensar en Melissa. Era extraño, pues nunca un caso le había impactado de esa manera.

Aunque debía admitir para sí mismo que el caso no lo impactaba tanto como la mujer. ¿Cómo no le iba impactar? Era la mujer más bella que había visto durante mucho tiempo.

La más hermosa y la más enigmática.

Antes de ir a verla a la cárcel había leído su expediente, su examen había sido profesional y tenía que confesar que no demasiado minucioso, pues solo se comprometería con el caso cuando tuviera más datos de su conversación con la mujer. Su idea era hablar con ella, ponerse de acuerdo en algunos asuntos, y empezar con el trabajo.

Pero nada había salido como él lo había planeado. Por un lado, jamás se imaginó encontrarse una mujer tan distinta a la que se había figurado inicialmente. No solamente era muy bella, sino que se notaba también que era bastante especial, no sabría



cómo definirlo, no podía ponerle un nombre a aquello que había notado en esa joven, así como tampoco podía ponerle nombre a lo que había despertado en él.

A pesar de que había salido de la enfermería con el firme propósito de irse a su oficina, un extraño impulso lo llevó hacia la dirección del penal. Allí solicitó toda la información posible sobre Melissa, desde el mismo día de su llegada, hasta ahora. Quería enterarse de todo lo concerniente a ella, pues lo que había en el expediente que le había proporcionado Fabián, solamente mencionaba el proceso judicial.

Alejandro emitió un gemido ahogado y un tanto fastidiado. No podía entenderse a sí mismo. Tomo otro sorbo de trago y con la otra mano se mesó los cabellos con algo de agobio. ¿Por qué le importaba ese caso? No lo sabía. Lo único que sabía era que después de conocerla no podía dejar de hacerse miles de preguntas sobre esa mujer.

En cuanto llegó al prestigioso bufete de abogados de su padre, se encerró durante el resto de la tarde en su oficina, después de solicitarle a la secretaria que no le pasara ninguna llamada, ni permitiera que lo interrumpieran. Había leído esta vez con mucho cuidado el expediente del proceso de Melissa, así como la información que le habían provisto en la dirección de la cárcel.

Su expediente decía que no había brindado ningún tipo de información cuando fue capturada. Aseguraba no tener padres, ni hermanos, ni ningún familiar. Afirmaba vivir en la calle. Sin embargo, el expediente hacía notar que su ropa y su arreglo no era el de una persona que vivía en la completa indigencia. Muy seguramente la joven había ocultado información para proteger a

alguien. Así, no había sido difícil para la fiscalía convencer al juez de que la condenaran por tanto tiempo, no tenía nadie que la defendiera, que se preocupara por ella o que luchara para sacarla a la libertad.

El caso judicial había sido manejado con extrema mediocridad por el abogado que le habían asignado en esa época. Ni siquiera le propuso a la joven que negociara para rebajar la pena, simplemente se dedicó a sentarse a su lado y observar cómo la fiscalía y los investigadores tomaban amplia ventaja sobre una chica tan joven y tan desprotegida.

En el expediente de la prisión había fotografías de la muchacha tomadas en la época en la que ingresó a la cárcel. ¿Quién podría no tener compasión de una chiquilla como ella? Tan joven, tan bonita y tan inocente. ¿Qué clase de personas habían actuado en su caso para no darse cuenta de que esta jovencita solamente era una víctima de las circunstancias? Muy seguramente lo que había en los investigadores era un desmedido afán en entregar resultados a sus superiores, en figurar como los profesionales eficientes que habían llevado a prisión a los culpables de aquel asalto, o por lo menos a una de ellos.

Melissa nunca quiso delatarlos. Quizás eran su familia, y eso era comprensible. Lo que no se podía entender era que aun después de que se le dictó sentencia, tampoco hubiera ido nadie a verla, ni siquiera cuando el tiempo pasó y el posible delito prescribió.

El documento de la cárcel la retrataba como una joven tranquila, que no daba problemas, que siempre había estado en el sector de las reclusas menos peligrosas y remarcaba como dato importante, la ausencia completa de visitas: ni amigos, ni

familiares, ni nadie.

¿Por qué?

¿Acaso era posible que una persona no pudiera contar con nadie en el mundo? ¿Se podía pensar que a una persona pudieran repudiarla al estar en la cárcel por un delito tan absurdo como un asalto que ni siquiera se logró? No podía entender porque esa ausencia completa de conocidos. Lo cierto era que le generaba una sensación de desamparo y de abandono que le dolía. Pensar que ella no tenía nadie era alarmante. ¿Y si se enfermaba? ¿Y si le ocurría algo en prisión? De alguna manera entendió por qué no quería salir de allí.

A pesar de eso, Alejandro se dio cuenta de que Melissa no era una muchacha amargada o resentida. En sus ojos vio desamparo, desprotección y miedo, pero nunca resentimiento ni odio. Era una joven valerosa.

Además era hermosa. No podía dejar de pensar en ese pequeño rostro ovalado, con ese par de enormes ojos de extraño color, con esa piel tan blanca y esa boca redonda y sensual. Tampoco era fácil olvidar ese delgado cuerpo cálido que había sostenido en sus brazos. Cuando se desmayó y la llevó a la enfermería, notó que pesaba muy poco. Era bastante delgada, aunque debía admitir que estaba redondeada donde debería estarlo.

También era muy inteligente. En el expediente de la prisión pudo leer que era de las pocas reclusas que había culminado sus estudios básicos y que se había capacitado con uno de los programas que tenía en convenio con las practicantes de una universidad. Había aprendido a pintar y dibujar, y ahora parecía sacar provecho de eso. Era verdaderamente admirable

que pesar de sus circunstancias y de la falta de amigos y familiares, Melissa se esmerara por hacer algo útil de su vida.

Por eso no podía permitir que ella se quedara allí adentro. No era justo. Una mujer tan joven y tan bonita, con un futuro por delante, con inteligencia talento y honradez, tenía todo el derecho de estar en la calle, de tomar las riendas de su vida, de labrar su propio destino y de luchar contra quien fuera necesario para ser feliz.

Así que no podía quedarse de brazos cruzados tal y como ella se lo había pedido. Tenía que ir a hablar con ella y convencerla de dejarse ayudar.

Después de tomar la decisión, se acostó en su cama dejando el vaso de licor a medio llenar sobre la mesilla. El resto de la noche estuvo plagado de sueños con una preciosa joven de sonrisa inocente.

\* \* \* \* \*

—Alejandro, que alegría verte de nuevo —mintió el teniente Burgos al hombre que de tanto en tanto se dejaba caer para hacer siempre la misma pregunta.

—Burgos, no me mientas. No te imaginas la cara que pones cada vez que me ves —dijo Alejandro estrechando la mano del hombre y sentándose frente a él como siempre.

—Tienes razón, muchacho. Eres un incordio —el hombre rio mientras el joven mostraba una sonrisa.

Burgos recordó las primeras visitas que le hiciera

Alejandro casi nueve años atrás. Se comportaba como el perfecto abogado, manteniendo una fría cortesía y siempre en busca de la justicia. Solamente aquello último no se había modificado. Todos estos años de constantes visitas los habían hecho acercarse y conocerse más, entablando incluso una amistad. Ahora se tuteaban y hasta bromeaban cada vez que se veían.

—Lo sé, pero no puedo evitarlo —dijo Alejandro respondiendo al comentario que le había hecho el teniente.

—Eres persistente, muchacho. Pocas personas son como tú, constantes, aguerridos, insistentes.

—No he olvidado el juramento que le hice mis padres y que me hice a mí mismo por la memoria de mi hermano hace tantos años. No bajaré los brazos hasta que se haga justicia.

Burgos soltó un prolongado suspiró mientras observaba al joven de hito en hito. Los años habían pasado, ahora Alejandro no era un jovencito agobiado por la tragedia, sino un hombre serio que necesitaba una verdad.

—De eso, estoy plenamente convencido.

—Sin embargo, no tienes ninguna novedad —concluyó Alejandro al notar el tono de la respuesta del hombre.

—El tiempo pasa, Alejandro. Las personas se van moviendo, la gente va olvidando, las pistas se van perdiendo.

Alejandro se puso de pie y comenzó a caminar de un lado a otro.

—Yo no pierdo la esperanza. Nunca la perderé. ¿Sabes? Estoy trabajando en un caso. Una jovencita que fue condenada a treinta años por un delito menor cuando apenas había cumplido la mayoría de edad. A pesar de que las pruebas eran escasas y de que el delito no pasó de ser un simple intento de robo, recibí

una condena excesiva. Lleva en prisión siete años, y yo he decidido ayudarla a que tenga un nuevo juicio, uno más justo que la ponga libertad en cuanto antes. Sé que lo voy a lograr, porque creo en la justicia, y no importa que hayan pasado siete años.

Burgos lo observó complacido. Había notado que era honesto y justo desde que era un jovencito, lo que lo llevarían a ser un abogado excepcional. Ahí estaba la prueba de la rectitud de ese hombre.

—Te felicito. Seguramente ningún otro abogado habría aceptado un caso así. Estoy convencido de que harás justicia.

—Y también la haré en el caso de mi hermano. Precisamente le conté esto para que se dé cuenta de que no importan los años transcurridos. En el caso de Melissa serán siete, y en el caso de mi hermano los que hagan falta: diez, veinte o cincuenta. Pero sé que algún día veré tras las rejas a los responsables, a aquella mujer que un día nos lo arrebató.

—Siempre te lo digo, y te lo repito una vez más: ten cuidado, algunas veces esa sed de justicia se convierte en sed de venganza y cuando eso sucede, hacemos cosas de las que nos podemos arrepentir.

—No será mi caso. Cuando por fin encuentre a los responsables, la justicia posará su mano sobre ellos y entonces Alfredo podrá descansar en paz.

—Alfredo ya está descansando en paz. Quién descansará eres tú.

—Eso espero —respondió Alejandro.

—Yo también lo espero, muchacho. Yo también.